

La cosa freudiana ***o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis***

Nota de presentación

*Lacan califica este ensayo de “amplification” (amplificación) de una conferencia pronunciada en la clínica neuropsiquiátrica del profesor Hoff en Viena en noviembre de 1955, poco más de dos años después de su “Discurso de Roma”, al que corresponde el escrito fundamental: “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, que fue seguida por una sesión de discusión entre analistas. Lo cierto es que este escrito, central en la obra de Lacan es el producto de una reelaboración, con su correspondiente reescritura, sucesiva. En efecto, Lacan había dado una conferencia en Viena el 7 de noviembre de 1955, pocos días antes del comienzo de su tercer seminario público [LACAN, J. Seminario III (1955-56): Las estructuras freudianas de la psicosis]. Disponemos del guión que le acompañó en su discurso [Notes en allemand préparatoires à la conférence sur la Chose freudienne, en *Ornicar?*, 42 (1987-1988), pp. 7-11]. Estas notas, a pesar del título, se presentan al lector actual en francés y la conferencia parece que llevaba como título: “Le sens d’un retour à Freud dans la psychanalyse”.*

*El 21 de diciembre de 1955, en la última sesión del trimestre de su seminario presenta lo que Lacan llama una “consideración metódica” antes de acogerse a la costumbre escolar francesa que quiere que en el último día de clase del año se realice una lectura. Realiza entonces una supuesta lectura del discurso pronunciado en noviembre: “una reconstrucción escrita, tan fiel como he podido al espíritu de improvisación y a la modulación de ese discurso” [Cf., LACAN, J. Seminario III (1955-1956) *Las psicosis*, sesión del 21 de diciembre de 1955. En el texto establecido por J.-A. Miller en Eds. *Du Seuil*, pp. 83-84¹]. Así esta sesión de lectura va precedida por una introducción en la que podemos leer:*

Me he dicho que hoy no sería tal vez inoportuno ni inútil si lo pensamos bien, que les haga una lectura escogida, y escogida de algo reciente, en todo caso inédito, que es mío pero que permanecerá en la línea de nuestro tema (sujet). [...] Se trata de un discurso que hice en Viena, o que se supone que hice, en la clínica psiquiátrica del Dr. Hoff., que se corresponde exactamente con la clínica psiquiátrica de aquí [Ste. Anne].

Hice este discurso sobre el tema siguiente: “Sentido de un retorno a Freud en el psicoanálisis”, para dar cuenta un poco del movimiento parisino y del estilo, sino de la orientación general de nuestra enseñanza. Hice este discurso, debo decírselo, en las mismas condiciones de improvisación, e incluso acentuadas, que hago aquí, [...] lo que voy a comunicarles es una suerte de reconstrucción escrita, tan fiel como he podido, con el espíritu de improvisación y con la modulación

¹ En la versión de Miller no figura el texto en cuestión y se limita a remitirnos a la “Lecture de l’article, repris dans les *Écrits*, pp. 401-436, sous le titre de La chose freudienne” (S III, 84).

de ese discurso. Me he visto llevado a desarrollar un poco algunos pasajes, lo que le da una longitud más grande que la que podrá ocuparnos seguramente aquí. también le he añadido algunos desarrollos que me vi llevado a agregar en una segunda sesión más reducida que tuvo lugar después [...] y donde hablé más bien de cuestiones técnicas: la significación de la interpretación en general y en el psicoanálisis.

[...] se trata de interrogarse sobre el sentido que tiene en estos momentos un retorno a Freud, podríamos decir para reivindicar un auténtico psicoanálisis, en tanto necesita esta base de partida frente a la desviación americana. [S. III (1955-1956), Las estructuras freudianas de la psicosis, sesión del 21 de diciembre de 1955].

La primera versión escrita, tal vez la misma aproximadamente que la que Lacan leyó en su seminario, de que disponemos de este artículo fue publicada en L'Évolution psychiatrique, 1956, n° 1, pp. 225-252. Este artículo cierra, por otra parte la colaboración de Lacan, iniciada veinte años antes con "Au-delà du 'Principe de Réalité'" y continuada en 1947 con su "Propos sur la causalité psychique", en esta revista.

Finalmente la versión que podemos leer en Écrits es una segunda versión que presenta algunas diferencias respecto de la primera. Señalemos una curiosidad: la misma – como señala Angel de Frutos en su comentario crítico de las variantes textuales de los escritos de Lacan- “está emplazada en el centro del libro, eje que lo divide en un antes y un después.”. Así pues podríamos decir que se trata de un escrito central en todos los sentidos del término.

El lenguaje ocupa en él un sitio primordial, mientras que la ego-psychologie sufre severos ataques. Lacan se esfuerza por delimitar el psicoanálisis freudiano “auténtico” según su propia relectura de Freud.

La “cosa freudiana”, es el descubrimiento, por parte de Freud en primer lugar de que la verdad habla, que habla por sí misma y que no cesa de hablar. Por esto aquí todo el arte de Lacan, como paradigma del arte del analista, es dejarla hablar para escucharla aquí “en boca de Freud”, de suerte que aparezca la manera específica en que ella lo hace en ella. Así, “el sentido de un retorno a Freud es un retorno al sentido de Freud”.

El estilo de Lacan es aquí curioso, teatral o dramático, puesto que presenta, en esta ciudad de la Ópera, a la “Verdad” hablando desde el centro de la escena, de los protagonistas, un pupitre hablante, un interludio, y las figuras míticas de Acteón y su jauría en persecución de Diana, que representa la verdad, desnuda.

El artículo se halla dividido en 13 secciones de estructura peculiar consideradas en conjunto:

La primera sección es la puesta en escena que plantea como tema central que, por el descubrimiento de Freud : “el centro verdadero del ser humano no se halla en lo sucesivo ya en el mismo lugar que le asignaba toda una tradición humanista”.

Las cinco secciones siguientes tratan de las relaciones entre verdad y significante.

La séptima sección se titula Intermedio y, como es la parte más larga, se la puede considerar como el momento crítico de la exposición, una puesta en cuestión del lugar del Yo (moi) y de la consciencia en relación con el sentido. A la salida de esa interrogación, Lacan se ve

llevado a sostener que, en el plano del discurso, el Yo no difiere en nada del pupitre cercano, lo primero que ve.

Las cinco secciones que siguen al Intermedio tratan de la distinción entre el Yo y el Otro, “la separación (...) del campo del Yo (moi) y el del Inconsciente”.

Finalmente la última sección consiste en una exhortación respecto del papel que debería tener el lenguaje en la formación de los analistas.

Hay pues un equilibrio, que no aparece inmediatamente, en la estructura de este ensayo(1-5-1-5-1), que hace de él una suerte de interludio, de pequeño intermedio musical, en su obra.

Despleguemos finalmente para concluir esta presentación los títulos de las secciones de acuerdo con la estructura señalada:

Puesta en escena

1. SITUACIÓN DE TIEMPO Y DE LUGAR DE ESTE EJERCICIO (401-405)

Relaciones entre verdad y significante

2. EL ADVERSARIO (405-408)
3. LA COSA HABLA POR SI MISMA (408-411)
4. PAVONEO (411-414)
5. ORDEN DE LA COSA (414-418)
6. LA RESISTENCIA A LOS RESISTENTES (418-420)

Cuestionamiento del lugar del Yo (moi) y de la consciencia en relación con el sentido

7. INTERMEDIO (420-424)

Distinción entre el Yo y el Otro

8. EL DISCURSO DEL OTRO (425-427)
9. LA PASIÓN IMAGINARIA (427-429)
10. LA ACCIÓN ANALÍTICA (429-431)
11. EL LUGAR DE LA PALABRA (431-433)
12. LA DEUDA SIMBÓLICA (433-434)

Papel del lenguaje en la formación de los analistas

13. LA FORMACIÓN DE LOS ANALISTAS POR VENIR (435-436)

La cosa freudiana

o Sentido del retorno a Freud en psicoanálisis

AMPLIFICACIÓN DE UNA CONFERENCIA PRONUNCIADA
EN LA CLÍNICA NEUROPSIQUIÁTRICA DE VIENA
EL 7 DE NOVIEMBRE DE 1955².

A *Sylvia*.

Situación de tiempo y de lugar de este ejercicio.

En estos días en que Viena, para hacerse escuchar de nuevo por la voz de la Ópera, retoma [reemprende] (*reprend*) en una variante patética lo que fue su misión de siempre en un punto de convergencia cultural del que ella supo hacer conciertoⁱⁱ, no creo que esté fuera de lugar [no creo que sea inoportuno] (*je ne crois pas venir hors de saison*) evocar aquí la elección por la cual permanecerá ligada, esta vez para siempre, a una revolución del conocimiento a la altura del nombre de **COPÉRNICO**: entiendan el lugar eterno del descubrimiento de **FREUD**, si se puede decir que por él [es decir gracias a este descubrimiento] el centro verdadero del ser humano no está, en lo sucesivo, ya en el mismo lugar que le asignaba toda una tradición humanista.

Sin duda incluso para los profetas a los que su país no fue completamente [totalmente] sordo, debe llegarles el momento en que se observa en ellos su eclipse, aunque fuese después de su muerte. Al extranjero le conviene cierta reserva en cuanto a las fuerzas que ponen en juego tal efecto de faseⁱⁱⁱ.

Por eso el *retorno a FREUD* del que me hago aquí el anunciador (*l'annonceur*) se sitúa en otro lugar: allí donde lo reclama suficientemente el escándalo simbólico que el doctor **Alfred WINSTERSTEIN**, aquí presente, supo como presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, destacar [poner de manifiesto o de relieve] (*relever*) cuando se consumaba, o sea en la inauguración de la placa memorial que designa la casa donde **FREUD** elaboró su obra heroica, y que no es que ese monumento no haya sido dedicado a **FREUD** por sus conciudadanos, sino en que no se deba [sea debido] a la asociación internacional de aquellos que viven de su padrinazgo.

² Publicada en *L'Évolution psychiatrique*, 1956, n° 1.

Fallo [Desfallecimiento] (*Défaillance*) sintomático, pues traiciona una renegación (*reniement*) que no viene de esta tierra donde **FREUD** por su tradición no fue más que huésped de paso, sino del campo mismo cuyo cuidado nos legó y de aquellos a quienes confió su custodia (*la garde*), digo del movimiento del psicoanálisis donde las cosas han llegado hasta el punto de que la consigna de un retorno (*retour*) a **FREUD** significa un vuelco (*renversement*).

Muchas contingencias están anudadas (*sont nouées*) en esta historia, desde que el primer sonido del mensaje freudiano repercutió con sus resonancias en la campana vienesa para extender a lo lejos sus ondas. Éstas parecieron ahogarse en los sordos desmoronamientos (*effondrements*) del primer conflicto mundial. Su propagación se reanudó (*reprit*) con la inmensa desgarradura (*déchirement*) humana en que se fomentó el segundo, y que fue su más poderoso (*puissant*) vehículo. Rebato [campanada de alarma] (*Tocsin*) del odio y tumulto de la discordia, viento pavoroso (*souffle panique*) de la guerra, sobre sus latidos nos llegó la voz de **FREUD**, mientras veíamos pasar la diáspora de quienes eran sus portadores y a los que no por casualidad apuntaba la persecución. Este impulso (*train*) sólo debía detenerse en los confines de nuestro mundo, para repercutirse [reflejarse] allí donde no es justo decir que la historia pierde su sentido puesto que es donde encuentra su límite; allí donde sería incluso engañoso creer que la historia está ausente, puesto que, anudada ya con varios siglos, no adquiere sino más peso por el abismo que dibuja su horizonte demasiado corto; pero donde ella es negada en una voluntad categórica que da su estilo a las empresas^{iv}: anhistorismo de cultura propio de los Estados Unidos de Norteamérica.

Este anhistorismo define la asimilación que se requiere para ser reconocido en la sociedad constituida por esta cultura. Era a su requerimiento (*sommation*) a lo que tenía que responder un grupo de emigrantes que, para hacerse reconocer, no podían hacer valer más que su diferencia, pero cuya función suponía la historia en su principio, ya que su disciplina era la que había restablecido el puente que une al hombre moderno con los mitos antiguos. La coyuntura era demasiado fuerte, la ocasión demasiado seductora para que no se cediera a la tentación ofrecida: abandonar el principio para hacer reposar la función sobre la diferencia. Entendamos bien la naturaleza de esta tentación. No es la de la comodidad ni la del beneficio (*celle de la facilité ni du profit*). Es ciertamente más fácil borrar los principios de una doctrina que los estigmas de una proveniencia, más provechoso someter su función a la demanda (*d'asservir sa fonction à la demande*), pero aquí reducir su función a su diferencia es ceder a un espejismo interno a la función misma, el que la funda sobre esta diferencia. Es regresar (*C'est y faire retour*) al principio reaccionario que recubre la dualidad del que sufre y del que cura, con la oposición del que sabe con el que ignora. ¿Cómo no excusarse por considerar esta oposición como verdadera cuando es real, cómo no deslizarse desde ahí hasta convertirse en los *managers* de las almas en un contexto social que requiere su oficio? El más corruptor de los *conforts* es el *confort* intelectual, del mismo modo que la peor corrupción es la del mejor.

Así es como la palabra (*mot*) de **FREUD** a **JUNG**, de cuya boca la conozco, cuando, invitados ambos de la Clark University, tuvieron a la vista el puerto de Nueva York y la célebre estatua que ilumina al universo: “No saben que les traemos la peste”, le es enviada de rebote como sanción de una *hybris* cuyo turbio resplandor (*le trouble éclat*) no apagan la antífrasis y su negrura. La Némesis, para hacer caer en la trampa a su autor, sólo tuvo que tomarle la palabra. Podríamos temer que hubiese añadido un billete de vuelta en primera clase.

En verdad, si tal cosa sucedió, sólo a nosotros mismos tenemos que reprochárnoslo. Porque Europa parece más bien haberse sustraído tanto de la preocupación como del estilo, si no de la memoria, de los que salieron de ella, con la represión de sus malos recuerdos.

No nos quejaremos de ustedes por este olvido, si nos deja más libre [libertad] para presentarles el designio de un *retorno a FREUD*, tal como algunos se lo proponen en la enseñanza de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. No se trata para nosotros de un retorno de lo reprimido, sino de tomar apoyo en la antítesis que constituye la fase recorrida desde la muerte de **FREUD**, en el movimiento psicoanalítico, para demostrar lo que el psicoanálisis no es, y buscar con ustedes el medio de volver a poner en [dar] vigor lo que no ha cesado nunca de sostenerlo en su desviación misma, a saber el sentido primero que **FREUD** preservaba en él por su sola presencia y que se trata aquí de explicitar.

¿Cómo podría faltarnos ese sentido cuando nos está atestiguando en la obra más clara y más orgánica que existe? ¿Y cómo podría dejarnos vacilantes cuando el estudio de esta obra nos muestra que sus etapas y sus virajes están gobernados por la preocupación, inflexiblemente eficaz en **FREUD**, de mantenerlo en su rigor primero?

Textos que se muestran comparables a aquellos mismos que la veneración humana ha revestido en otros tiempos de los más altos atributos, por el hecho de que soportan la prueba de esa disciplina del comentario, cuya virtud se redescubre al servirse de ella según la tradición, no sólo para situar de nuevo una palabra (*replacer une parole*) en el contexto de su tiempo, sino para medir si la respuesta que aporta a las cuestiones que plantea es o no superada por la respuesta que se encuentra en ella a las cuestiones de lo actual.

¿Acaso les enseñaré algo si les digo que esos textos a los que consagro desde hace cuatro años un seminario de dos horas todos los miércoles de noviembre a julio sin haber puesto en acción hasta ahora más de una cuarta parte, suponiendo que mi comentario suponga su conjunto nos han dado, a mí como a los que me siguen en él, la sorpresa de verdaderos descubrimientos? Éstos van desde conceptos que han permanecido inexplorados hasta detalles clínicos dejados al hallazgo de nuestra exploración, y que dan testimonio de hasta qué punto el campo que **FREUD** experimentó rebasaba las avenidas que se encargó de disponer en él para nosotros, y hasta qué punto su observación, que da a veces la impresión de ser exhaustiva, estaba poco sujeta a lo que tenía que demostrar. ¿Quién no se ha sentido conmovido, entre los técnicos de disciplinas ajenas al análisis a los que llevé a leer estos textos, de esta búsqueda en acción: ya sea la que nos hace seguir en la *Traumdeutung*, en la observación del *Hombre de los lobos* o en *Más allá del principio de placer*? ¡Qué ejercicio para formar espíritus, y qué mensaje para prestarle su voz! Qué control también del valor metódico de esa formación y del efecto de verdad de ese mensaje, cuando los alumnos a quienes Uds. los transmiten les aportan el testimonio de una transformación, sobrevenida a veces de la noche a la mañana, de su práctica, que se hace más simple y más eficaz antes aún de hacérseles más transparente. No podría darles a ustedes cuenta exhaustivamente de este trabajo en la charla (*causerie*) que debo a la amabilidad del señor **profesor HOFF** el poder dirigir a ustedes en este lugar de alta memoria, a la concordancia de mis puntos de vista con los del **doctor Dozent ARNOLD** el haber tenido la idea de presentarla ahora ante ustedes, a mis relaciones excelentes y ya de larga data con el señor **Igor CARUSO** el saber qué acogida encontraría en Viena.

Pero no puedo olvidar tampoco a los oyentes que debo a la complacencia del Sr. SUSINI, director de nuestro Instituto francés de Viena. Y por eso en el momento de llegar al sentido de ese *retorno a FREUD* del que hago profesión aquí, tengo que preguntarme si, aunque menos preparados para entenderme (*à m'entendre*) que los especialistas, no corro aquí el riesgo de decepcionarlos.

El adversario^v

Estoy seguro aquí de mi respuesta: - No en absoluto, si lo que voy a decirles es efectivamente como debe ser. El sentido de un retorno a FREUD es un retorno al sentido de FREUD. Y el sentido de lo que dijo FREUD puede comunicarse a cualquiera porque, incluso dirigido a todos, interesará a cada uno (*chacun y sera intéressé*): bastará una palabra para notarlo, el descubrimiento de FREUD pone en cuestión la verdad, y no hay nadie que no esté personalmente preocupado por la verdad.

Confesarán ustedes que es una idea bastante extraña la de espetarles esta palabra que suele considerarse casi de mala fama, proscrita de las buenas compañías. Pregunto sin embargo si no está inscrita en el corazón mismo de la práctica analítica, ya que esta siempre restablece el descubrimiento del poder de la verdad en nosotros y hasta en nuestra carne.

¿En qué, en efecto, sería el inconsciente más digno de ser reconocido que las defensas que se oponen a él en el sujeto con un éxito que las hace aparecer no menos reales? No reanudo (*Je ne relève pas*) aquí el comercio de la pacotilla nietzscheana de la mentira de la vida, ni me maravillo de que se crea creer, ni acepto que baste tener buena voluntad para querer. Pero pregunto ¿De dónde proviene esa paz que se establece al reconocer la tendencia inconsciente, si no es más verdadera que lo que la constreñía en el conflicto? Y no es que esta paz desde hace algún tiempo no se revele pronto ser una paz fallida, puesto que no contentos con haber reconocido como inconscientes las defensas a atribuir al yo, los psicoanalistas identifican cada vez más sus mecanismos – desplazamiento en cuanto al objeto, inversión contra el sujeto, regresión formal – a la dinámica misma que FREUD había analizado en la tendencia, la cual parece así continuarse en ella salvo por un cambio de signo. ¿No se llega al colmo cuando se admite que la pulsión misma pueda ser llevada por la defensa a la conciencia para evitar que el sujeto se reconozca en ella?

Una vez más me sirvo, para traducir la exposición de esos misterios en un discurso coherente, de palabras que a pesar mío restablecen en él la dualidad que las sostiene. Pero no es que los árboles de la marcha (*cheminement*) técnica no dejen ver el bosque de la teoría que deploro, es que nos falte tan poco para creernos en el bosque de Bondy^{vi}, exactamente por lo que se esquivo detrás de cada árbol, que debe de haber árboles más verdaderos que los otros, o, si ustedes quieren, que todos los árboles no son bandidos. A falta de lo cual preguntaría uno dónde están los bandidos que no son árboles. Así pues ese poco en que se decide todo en este caso merece tal vez que nos expliquemos sobre ello. Esa verdad sin la cual ya no hay modo de discernir el rostro de la máscara, y fuera de la cual parece no haber otro monstruo que el laberinto mismo, ¿cuál es? Dicho de otra manera, ¿en qué se distinguen entre sí en verdad, si son todos de una igual realidad?

Aquí se adelantan los gruesos zuecos para calzar las patas de paloma sobre las cuales, como es sabido, camina la verdad (*la vérité se porte*), y engullirse ocasionalmente (*à l'occasion*) al pájaro mismo: nuestro criterio, exclaman, es simplemente económico, por ideólogo que usted sea. Todos los arreglos de la realidad no son igualmente económicos. Pero en el punto que ha alcanzado ya la verdad, el pájaro escapa y sale indemne con nuestra pregunta: -¿Económicos para quien?

Esta vez el asunto va demasiado lejos. El adversario se ríe sarcásticamente (*ricane*): “Ya se ve lo que pasa. Al señor le da por la filosofía. Dentro de poco, entrada de **PLATÓN** y de **HEGEL**. Esas firmas nos bastan. Lo que avalan bien puede echárselo a los perros [tirarse a la basura] (*Ce qu'elles avalisent est à mettre au panier*), y aún suponiendo que, como dijo usted, eso le concierna a todo el mundo, no interesa a los especialistas que somos. Ni siquiera hay dónde clasificarlo en nuestra documentación.”

Pensarán ustedes que me burlo en este discurso. De ninguna manera: lo suscribo.

Si **FREUD** no ha aportado otra cosa al conocimiento del hombre sino esa verdad de que hay algo verdadero (*du véritable*), no hay descubrimiento freudiano. **FREUD** se sitúa entonces en el linaje de los moralistas en quienes se encarna una tradición de análisis humanista, vía láctea al cielo de la cultura europea donde Baltasar GRACIÁN y LA ROCHEFOUCAULD representan estrellas de primera magnitud y NIETZSCHE una nova tan fulgurante como rápidamente vuelta a las tinieblas. Último en llegar entre ellos y como ellos estimulado sin duda por una preocupación propiamente cristiana de la autenticidad del movimiento del alma, **FREUD** supo precipitar toda su casuística en una “*carte du Tendre*” en la que no viene a cuento una orientación para los oficios a que se la destina. Su objetividad está en efecto estrechamente ligada a la situación analítica, la cual entre las cuatro paredes que limitan su campo puede muy bien prescindir de que se sepa dónde está el norte, puesto que se confunde con el eje largo del diván, al que se considera dirigido hacia la persona del analista. El psicoanálisis es la ciencia de los espejismos que se establecen en este campo. Experiencia única, mientras tanto bastante abyecta, pero que no podría recomendarse demasiado a quienes quieren introducirse en el principio de las locuras del hombre, pues por mostrarse emparentada con toda una gama de alienaciones, las esclarece.

Este lenguaje es moderado no soy yo quien lo inventa. Ha podido escucharse a un celoso defensor [celote] (*un zélote*) de un psicoanálisis pretendidamente clásico definirlo como una experiencia cuyo privilegio está estrictamente ligado con las formas que regulan su práctica y que no podrían cambiarse en una sola línea, porque, obtenidas por un milagro del azar, detienen [detentan?] (*détiennent*) el acceso a una realidad trascendente a los aspectos de la historia, y donde el gusto del orden y el amor por lo bello por ejemplo tienen su fundamento permanente, a saber: los objetos de la relación preedípica, mierda y cuernos en el culo.

Esta posición no podría ser refutada, puesto que las reglas se justifican en ella por sus resultados (*leurs issues*), los cuales son considerados como prueba de lo bien fundado [legítimo] (*bien-fondé*) de las reglas. Sin embargo nuestras cuestiones se ponen de nuevo a pulular una vez más. ¿Cómo se ha producido este prodigioso azar? ¿De dónde viene esa contradicción entre el embrollo [lío] (*mic-mac*) preedípico al que se reduce la relación analítica para nuestros modernos, y el hecho de que **FREUD** no se sintiera satisfecho hasta haberla reducido a la posición del Edipo? ¿Cómo puede, la especie de osculación^{vii} [cercanía extrema] en invernadero (*d’osculation en serre chaude*) donde se confina este *new look* de la experiencia, ser el último término de un progreso que parecía en el punto de partida abrir vías multiplicadas entre todos los campos de la creación – o la misma pregunta planteada al revés? Si los objetos detectados en esta fermentación electiva han sido descubiertos por otra vía que la psicología experimental, ¿se halla ésta habilitada para volverlos a encontrar con sus procedimientos?

Las respuestas que obtendremos de los interesados no dejan ninguna duda. El motor de la experiencia, incluso motivado en sus términos, no podría ser únicamente esa verdad de espejismo que se reduce al espejismo de la verdad. Todo partió de una verdad particular, de un develamiento que hizo que la realidad no sea ya para nosotros tal como era antes, y esto es lo que sigue enganchado de lo vivo de las cosas humanas la cacofonía insensata de la teoría, como también impidiendo a la práctica degradarse al nivel de los desgraciados que no logran salir de ella (entiéndase que empleo este término para excluir a los cínicos)

Una verdad, si hay que decirlo, no es fácil de reconocer después de que ha sido admitida una vez. No es que no haya verdades establecidas, pero se confunden entonces tan fácilmente con la realidad que las envuelve, que para distinguir las de ella durante mucho tiempo no se encontró otro artificio sino el de marcarlas con el signo del espíritu, y para rendirles homenaje, considerarlas llegadas de otro mundo. No basta con poner en la cuenta de una especie de ceguera del hombre el hecho de que la verdad no sea nunca para él tan bella muchacha como en el momento en que la luz elevada por su brazo en el emblema proverbial^{viii} la sorprende desnuda. Y hay que hacerse un poco el tonto para fingir no saber nada de lo que sucede después. Pero la estupidez sigue siendo de una franqueza taurina al preguntarse dónde podría pues buscársela antes, ya que el emblema no ayuda apenas a indicar el pozo, lugar indecoroso e incluso maloliente, más bien que el joyero (*l'écryn*) en que toda forma preciosa debe conservarse intacta.

La cosa habla por sí misma

Pero he aquí que la verdad en la boca de **FREUD** agarra a la susodicha bestia por los cuernos: “Soy pues para vosotros el enigma de aquella que se escabulle apenas aparecida, hombres que tanto os empeñáis en disimularme bajo los oropeles de vuestras conveniencias. No por ello dejo de admitir que vuestro embarazo sea sincero, porque incluso cuando os hacéis mis heraldos, no valéis más para llevar mis colores que esos hábitos que son los vuestros y semejantes a vosotros mismos, fantasmas (*fantômes*), que eso es lo que sois. ¿Adónde voy pues cuando he pasado a vosotros, dónde estaba antes de ese pasaje? ¿Os lo diré acaso algún día? Pero para que me encontréis donde estoy, voy a enseñaros por qué signo reconocerme. Hombres, escuchad, os doy el secreto. Yo, la verdad, hablo (*Moi la vérité, je parle*).

“¿Será necesario haceros observar que no lo sabíais todavía? Algunos ciertamente entre vosotros, que se autorizarían por ser mis amantes, sin duda en razón del principio de que en estas clases de jactancias nadie está nunca mejor servido que por sí mismo, habían establecido de manera ambigua y no sin que la torpeza del amor propio que guiaba su interés apareciese, que los errores de la filosofía, entiéndase los suyos, no podrían subsistir sino por mis subsidios. Sin embargo, a fuerza de abrazar a esas hijas de su pensamiento, acabaron por encontrarlas tan sosas como vanas eran, y se pusieron otra vez a habérselas con las opiniones vulgares, según las costumbres de los antiguos sabios que sabían poner a estas últimas en su sitio, narradoras o litigiosas, artificiosas, incluso mentirosas, pero también buscarlas en su lugar, en el hogar y en el foro, en la forja o en la feria (*au foyer et au forum, à la forge ou à la foire*). Se dieron cuenta entonces de que, no siendo mis parásitas, éstas parecían servirme mucho mejor, incluso, ¿quien sabe?, ser mi milicia, los agentes secretos de mi poder. Varios casos observados en el juego de *pigeon-vole*^x, de mudas repentinas de errores en verdades, que no parecían deber nada sino al efecto de la perseverancia, los pusieron en la pista de este descubrimiento. El discurso del error, su articulación en acto, podía dar testimonio de la verdad contra la evidencia misma. Fue entonces cuando uno de ellos intentó hacer pasar al rango de los objetos dignos de estudio la astucia de la razón^x. Era desgraciadamente profesor, y os sentisteis demasiado dichosos de volver contra sus expresiones las orejas de burro con que os coronaban en la escuela y que desde entonces hacen oficio de cornetes para aquellos de vosotros que son un poco duros de oído [están un poco sordos] (*dont la feuille est un peu dure*). Quedaos pues en vuestro vago sentido de la historia y dejad a los hábiles fundar sobre la garantía de mi firma por venir el mercado mundial de la mentira, el comercio de la guerra total y la nueva ley de la autocrítica. Si la razón es tan astuta como dijo HEGEL, hará sin duda su obra sin vosotros.

“Pero no por eso habéis hecho caducos ni sin término el vencimiento de vuestros plazos para conmigo. Están fechados después de ayer y antes de mañana. Y poco importa que os abalancéis para hacerles honor o para sustraeros a ellos, porque en los dos casos os agarrarán por detrás. Ya huyáis de mí en el engaño o penséis atraparme en el error, yo os alcanzo en la equivocación contra la cual no tenéis refugio. Allí donde la palabra más cauta muestra un ligero traspié, es a su perfidia a quien falla, lo publico ahora, y desde ese momento será un poco más complicado hacer como si nada hubiera pasado en la sociedad buena o mala. Pero no hay ninguna necesidad de que os canséis en vigilaros mejor. Incluso si las jurisdicciones conjuntas de la cortesía y de la política decretasen como inadmisibile todo lo que se autorizase en mí para presentarse de manera tan ilícita, no quedaríais a mano con tan poca cosa, pues la intención más inocente se desconcierta de no poder ya callar que sus actos fallidos son los más logrados y que su fracaso recompensa su voto más secreto. Por lo demás, ¿no es suficiente para juzgar vuestra derrota verme evadirme en primer lugar de la torre de la fortaleza donde creíais retenerme con más seguridad, situándome no en vosotros sino en el ser mismo? Yo vagabundeó en lo que vosotros consideráis como lo menos verdadero por esencia: en el sueño, en el desafío al sentido de la agudeza más gongorina y el *nonsense* del juego de palabras más grotesco, en el azar, y no en su ley, sino en su contingencia, y no procedo nunca con más seguridad a cambiar la faz del mundo que cuando le doy el perfil de la nariz de Cleopatra.

“Podéis pues reducir el tráfico en las vías que os agotasteis en hacer irradiar de la conciencia, y que constituían el orgullo del *yo*, coronado por **FICHTE** con las insignias de su transcendencia. El comercio de largo alcance de la verdad no pasa ya por el pensamiento: cosa extraña, parece que en lo sucesivo pase por las cosas: *rébus*^{xi}, es por ti por quien me comunico, como **FREUD** lo formula al final del primer párrafo del sexto capítulo consagrado al trabajo del sueño, de su trabajo sobre el sueño y sobre lo que el sueño quiere decir.

“Pero cuidado aquí: el esfuerzo que se tomó éste para hacerse profesor le ahorrará tal vez vuestra negligencia, si no vuestro extravío, prosigue la prosopopeya. Entended bien lo que él dijo y, como lo dijo de mí, la verdad que habla, lo mejor para captarla bien es tomarla al pie de la letra. Sin duda aquí las cosas son mis signos, pero os lo repito (*je vous le redit*), signos de mi palabra. La nariz de Cleopatra, si cambió el curso del mundo, fue por haber entrado en su discurso, pues para cambiarlo según fuese larga o corta bastó pero era necesario que fuese una nariz hablante.

“Pero ahora tendréis que utilizar la vuestra, aunque para fines más naturales. Que un olfato más seguro que todas vuestras categorías os guíe en la carrera a la que os incito: pues si el ardid de la razón, por muy desdeñosa hacia vosotros que se muestre, permaneciese abierto a vuestra fe, yo, la verdad, seré contra vosotros la gran embustera, pues o que no sólo por la falsedad pasan mis vías, sino por la grieta (*faille*) demasiado estrecha para encontrarla en la falla (*défaut*) de la finta y por la nebulosa sin acceso del sueño, por la fascinación sin motivo de lo mediocre y el seductor callejón sin salida del absurdo. Buscad, perros que en eso os habéis convertido escuchándome, sabuesos que **SÓFOCLES** prefirió lanzar tras las huellas herméticas del ladrón de Apolo antes que en pos de los sangrantes talones de Edipo, seguro como estaba de encontrar con él en la cita siniestra de Colona la hora de la verdad. Entrad en lid a mi llamada y aullad a mis voces. Estáis ya perdidos, me desmiento, os desafío (*je vous défie*), me destejo (*je me défile*): decís que me defiendo.”

Pavoneo (Parade)^{xii}

El retorno a las tinieblas que damos por descontado en este momento da la señal de un *murder party* iniciado por la prohibición (*interdiction*) de que nadie salga, puesto que cada uno desde ese momento puede ocultar la verdad bajo sus ropas, incluso, como en la ficción galante de las “joyas indiscretas”^{xiii}, en su vientre. La cuestión general es: ¿quién habla? y no carece de pertinencia. Desgraciadamente las respuestas son un poco precipitadas. La libido es acusada en primer lugar, lo cual nos lleva en la dirección de las joyas, pero hay que darse cuenta de que el yo mismo por su parte, si aporta trabas a la libido con dificultades para satisfacerse, a veces es el objeto de sus empresas. Se nota al respecto que va a hundirse de un minuto a otro, cuando un estrépito de fragmentos de cristal hace que todos se den cuenta de que es el gran espejo del salón a quien acaba de sucederle el accidente, el golem del narcisismo, evocado a toda prisa para darle asistencia, habiendo hecho su entrada por allí. El *Yo (moi)* desde ese momento es considerado generalmente como el asesino, a menos que se le considere como la víctima, por medio de lo cual los rayos divinos del buen presidente Schreber^{xiv} empiezan a desplegar su red sobre el mundo y el *sabbat* de los instintos se complica seriamente.

La comedia que suspendo aquí al comienzo de su segundo acto es más benevolente de lo que suele creerse, puesto que, refiriendo a un drama del conocimiento la bufonada que sólo pertenece a aquellos que representan este drama sin comprenderlo, restituye a estos últimos la autenticidad desde la cual decayeron cada vez más.

Pero si conviene una metáfora más grave al protagonista, es la que nos mostraría en **FREUD** un Acteón perpetuamente abandonado por unos perros despistados desde el comienzo, y que él se empecina en volver a lanzar en su persecución, sin poder refrenar la carrera donde sólo su pasión por la diosa le conduce. Le conduce tan lejos que no puede detenerse sino en las grutas donde la Diana ctoniana en la sombra húmeda que las confunde con la yacija emblemática de la verdad, ofrece a su sed, con la capa igual de la muerte, el límite casi místico del discurso más racional que haya habido en el mundo, para que nosotros reconozcamos en él el lugar donde el símbolo se sustituye a la muerte para apoderarse del primer énfasis (*boursouflure*) de la vida.

Este límite y este lugar, como es sabido, están todavía lejos de ser alcanzados por sus discípulos, suponiendo que no se nieguen a seguirlo en ese camino, y el Acteón por lo tanto que es despedazado aquí no es **FREUD**, sino ciertamente cada analista en la medida de la pasión que lo inflamó y que hizo, según la significación que un **Giordano BRUNO** en sus *Furores heroicos*^{xv} supo sacar de ese mito, de él la presa de los perros de sus pensamientos^{xvi}.

Para medir este desgarramiento, hay que escuchar los clamores irreprimibles que se levantan de los mejores como de los peores, para intentar llevarlos de nuevo al punto de partida de la caza, con las palabras que la verdad nos dio allí como viático: “Yo hablo”, para encadenar con: “No hay habla sino de lenguaje”. Su tumulto cubre lo que sigue (*la suite*).

“¡Logomaquia! tal es la estrofa de un lado. ¿Qué hacéis de lo preverbal, del gesto y de la mímica, del tono, del aire de la canción, del humor y de contacto a-fec-ti-vo?” A lo cual otros no menos animados dan esta antistrofa: “Todo es lenguaje: lenguaje que mi corazón que late más fuerte cuando me agarra la mierdecilla (*la venette me saisit*), y si mi paciente desfallece ante el rugido de un avión en su cenit, es para *decir* el recuerdo que conservó del último bombardeo”. – Sí, águila del pensamiento, y cuando la forma del avión recorta tu semejanza en el pincel que perfora a la noche del proyector, es la respuesta del cielo.

Al probar estas premisas, sin embargo, no se impugnaba el uso de ninguna forma de comunicación a la que cualquiera pudiese recurrir en sus hazañas, ni las señales, ni las imágenes, ni fondo ni forma, ninguno más que ninguna, aun cuando ese fondo fuese un fondo de simpatía, y sin discutir la virtud de ninguna buena forma.

Se trataba de ponerse a repetir únicamente después de **FREUD** la frase de su descubrimiento: ello habla (*ça parle*), y sin duda allí donde menos se esperaba allí donde ello sufre. Si hubo un tiempo en que era suficiente para responder a esto con escuchar lo que ello decía (porque al escucharlo la respuesta está ya allí), consideremos pues que los grandes de los orígenes, los gigantes del sillón fueron fulminados (*frappés*) por la maldición prometida a las audacias titanescas, o que sus asientos dejaron de ser conductores de la buena palabra de la que estaban investidos por sentarse en ellos hasta entonces (*ci-devant*). Sea como sea, desde entonces entre el psicoanalista y el psicoanálisis se multiplican los encuentros con la esperanza de que el Ateniese sea alcanzado con la Atenea que salió cubierta con sus armas del cerebro de **FREUD**. ¿Diré la suerte celosa, siempre semejante (*toujours pareil*), que contrarió esas citas? Bajo la máscara en que cada uno debía encontrarse con su prometida, ¡ay! ¡tres veces ay! Y grito de horror de sólo pensarlo, habiendo tomado otra el lugar de ella, el que estaba allí no era tampoco él.

Volvamos de nuevo pues con calma a deletrear con la verdad lo que ella ha dicho de sí misma. La verdad ha dicho: “Yo hablo”. Para que reconozcamos a ese “yo” (je) porque habla, tal vez no era sobre el “yo” (je) sobre quien había que lanzarse, sino en las aristas del hablar donde debíamos detenernos. “No hay habla sino de lenguaje”, esto nos recuerda que el lenguaje es un orden constituido por leyes, de las cuales podríamos aprender por lo menos lo que excluyen. Por ejemplo que el lenguaje es diferente de la expresión natural y que tampoco es un código. Que eso (*ça*) no se confunde con la información, pónganse a trabajar en la cibernética para saberlo; y que es tan poco reducible a una superestructura que hemos visto al materialismo mismo alarmarse de esa herejía, bula de **STALIN** a ver aquí^{xvii}.

Si queréis saber más, leed a **SAUSSURE**, y como un campanario puede incluso tapar al sol, preciso que no se trata de la firma que se encuentra en psicoanálisis, sino de Ferdinand, al que puede llamarse el fundador de la lingüística moderna.

Orden de la cosa

Un psicoanalista debe introducirse fácilmente en ella sobre la base de la distinción fundamental entre el significante y el significado, y comenzar a ejercitarse con las dos redes que ellos organizan de relaciones que no se superponen entre sí^{xviii}.

La primera red, la del significante, es la estructura sincrónica del material del lenguaje en tanto que cada elemento toma en ella su empleo exacto por ser diferente de los otros; tal es el principio de distribución que es el único que regula la función de los elementos de la lengua en sus diferentes niveles, desde la pareja de oposición fonemática hasta las locuciones compuestas, de las que despejar las formas estables es la tarea de la más moderna investigación.

La segunda red, la del significado, es el conjunto diacrónico de los discursos concretamente pronunciados^{xix}, el cual reacciona históricamente sobre el primero, de mismo modo que la estructura de éste gobierna las vías del segundo. Aquí lo que domina es la unidad de significación^{xx}, la cual muestra no resolverse nunca en una pura indicación de lo real, sino remitir siempre a otra significación. Es decir que^{xxi} la significación no se realiza sino a partir de un asimiento de las cosas que es de conjunto^{xxii}.

Su resorte no puede captarse en el nivel donde se asegura ordinariamente por la redundancia que le es propia^{xxiii}, pues siempre se muestra en exceso sobre las cosas que deja en ella flotantes.

Sólo el significante garantiza la coherencia teórica del conjunto como conjunto. Esta suficiencia se confirma por el desarrollo último de la ciencia, del mismo modo que en la reflexión se la encuentra implícita en la experiencia lingüística primaria.

Tales son las bases que distinguen el lenguaje del signo. A partir de ellas la dialéctica toma un nuevo filo cortante.

Pues la observación sobre la que **HEGEL** funda su crítica del “alma bella” y según la cual se dice que vive (en todos los sentidos, incluso económico, del: de qué vivir) precisamente del desorden que denuncia, no escapa a la tautología sino manteniendo la tauto-óptica del “alma bella” como mediación, no reconocida por ella misma, de ese desorden como primero en el ser^{xxiv}.

Por poco dialéctica que sea, esta observación no podría hacer mella en el delirio de la presunción al que **HEGEL** la aplicaba, ya que queda enredada en la trampa ofrecida por el espejismo de la conciencia al *yo (je)* infatuado de su sentimiento, que erige en ley del corazón^{xxv}.

Sin duda ese “yo” (*je*) en **HEGEL** es definido como un ser legal, en lo cual es más concreto que el ser real del que antes se pensaba poderlo abstraer: como aparece (*appert*) por el hecho de que comprende un estado civil y un estado contable^{xxvi}.

Pero le estaba reservado a **FREUD** hacer a este ser legal responsable del desorden manifiesto en el campo más cerrado del ser real, concretamente en la seudototalidad del organismo^{xxvii}.

Explicamos su posibilidad por la hiancia congénita que presenta el ser real del hombre en sus relaciones naturales, y por la reanudación para un uso a veces ideográfico, pero también fonético y hasta gramatical, de los elementos imaginarios que aparecen fragmentados en esta hiancia.

Pero no es necesaria esta génesis para que la estructura significativa del síntoma quede demostrada. Descifrada, es patente y muestra impresa sobre la carne la omnipresencia para el ser humano de la función simbólica.

Lo que distingue a una sociedad que se funda en el lenguaje de una sociedad animal, incluso lo que permite percibir su retroceso etnológico: a saber, que el intercambio que caracteriza a tal sociedad tiene otros fundamentos que las necesidades aun satisfaciéndolas, lo que ha sido llamado el don “como hecho social total” –todo eso por consiguiente es transportado mucho más lejos, hasta objetar la definición de esa sociedad como una colección de individuos, cuando la entremezcla (*immixtion*) de los sujetos forma en ella un grupo de muy diferente estructura^{xxviii}.

Es hacer entrar por un acceso muy diferente la incidencia de la verdad como causa e imponer una revisión del proceso de la causalidad. Cuya primera etapa parecía consistir en reconocer lo que la heterogeneidad de esta incidencia tendría en ella de inherente³. Es extraño que el pensamiento materialista parezca olvidar que fue en ese recurso a lo heterogéneo donde tomó su impulso. Y entonces nos interesaríamos más en un rasgo mucho más sorprendente que la resistencia opuesta a **FREUD** por los pedantes, y es la connivencia que encontró en la conciencia común.

Si toda causalidad viene a dar testimonio de una implicación del sujeto, no hay duda que todo conflicto de orden sea puesto en su cuenta^{xxxix}.

Los términos con los que planteamos aquí el problema de la intervención psicoanalítica hacen sentir bastante, pensamos, que su ética no es individualista^{xxx}.

Pero su práctica en la esfera norteamericana se ha reducido (*s'est ravalée*) tan sumariamente a un medio para obtener el "*succes*" y a un modo de exigencia de la "*happiness*", que conviene precisar que es ésta la renegación (*réniement*) del psicoanálisis, la que resulta en demasiados de sus partidarios (*tenants*) del hecho puro y radical de que no han querido saber nunca nada del descubrimiento freudiano y que no sabrán nunca nada, ni siquiera en el sentido de la represión: pues se trata en este efecto del mecanismo del desconocimiento sistemático en lo que simula el delirio, incluso en sus formas de grupo.

Una referencia más rigurosa de la experiencia analítica a la estructura general de la semántica en la que tiene sus raíces hubiese permitido sin embargo convencerlos antes que tener que vencerlos.

Pues ese sujeto del que hablábamos hace un momento como del heredero (*légataire*) de la verdad reconocida, no es justamente el *Yo (moi)* perceptible en los datos más o menos inmediatos del goce consciente o de la alienación laboriosa. Esta distinción de hecho es la misma que se reencuentra desde el α del inconsciente freudiano en tanto que está separado por un abismo de las funciones preconscientes, hasta el ω del testamento de **FREUD** en la 31^a de sus *Neue Vorlesungen*: "Wo Es war, soll Ich werden".^{xxxix}

Fórmula en la que la estructuración significante muestra bastante su prevalencia^{xxxii}.

³ Este párrafo reelaborado sitúa en una fecha anterior (*antidate*) una línea de pensamiento que abrimos después (1966).

Analicémosla. Contrariamente a la forma que no puede evitar la traducción inglesa: “Where the id was, there the ego shall be”. **FREUD** no dijo: *das Es*, ni *das Ich*, como lo hace habitualmente para designar esas instancias donde había ordenado desde hacía entonces diez años su nueva tópica, y esto, dado el rigor inflexible de su estilo, da a su empleo en esta sentencia un acento particular. De todas formas, sin tener siquiera, que confirmar por la crítica interna de la obra de **FREUD** que efectivamente escribió *Das Ich und das Es* para mantener esta distinción fundamental entre el sujeto verdadero del inconsciente y el *Yo (moi)* como constituido en su núcleo por una serie de identificaciones alienantes, aparece aquí que es en el lugar: *Wo*, donde, *Es*, sujeto desprovisto de cualquier *das* o de otro artículo objetivante, *war*, era/estaba, es de un lugar de ser de lo que se trata, y que en este lugar: *soll*, es un deber en el sentido moral lo que ahí se anuncia, como lo confirma la única frase que sucede a ésta para cerrar el capítulo⁴, *Ich*, yo (je) allí debo yo (como se anunciaba: “este soy “ (*ce suis-je*)^{xxxiii}, antes de que se dijese: “soy yo” (*c’est moi*), *werden*, llegar a ser/estar, es decir no sobrevenir, ni siquiera advenir, sino venir a la luz de/desde ese lugar mismo en tanto que es lugar de ser.

Así es como consentiríamos, contra los principios de economía significativa que deben dominar una traducción, en forzar un poco en francés las formas del significante para alinearlas con el peso que el alemán recibe mejor aquí de una significación aún rebelde, y para eso utilizar la homofonía del *es* alemán con la inicial de la palabra: sujeto^{xxxiv}. Por ese camino (*Du même pas*) llegaríamos a una indulgencia por lo menos momentánea para la traducción primera que se dio de la palabra *es* por el *sí (soi)*, ya que el *ello (ça)* que se le prefirió no sin motivos no nos parece mucho más adecuado, puesto que es al *das* alemán de: *was ist das?* al que responde en *das ist*, “es, ello es” (*c’est*). Así el *c’* con apóstrofo elidido que aparecerá si nos atenemos en francés a la equivalencia aceptada, nos sugiere la producción de un verbo francés: *s’être* (serse), en el que se expresaría el modo de la subjetividad absoluta, en tanto que **FREUD** la descubrió propiamente por su excentricidad radical: “Allí donde ‘ello’ era (*c’était*), puede decirse, allí donde ‘se era’ (*s’était*), quisiéramos hacer entender, mi deber es que yo llegue a ser.”⁵

⁴ A saber: “*Es ist Kulturarbeit etwa die Trockenlegung der Zuydersee*”. Es una tarea civilizadora de la misma especie que la desecación del Zuiderze.

⁵ Uno no puede menos que preguntarse qué demonio inspiró al autor, quienquiera que sea de la traducción que existe en francés, al producirla en estos términos: “*Le moi doit déloger le ça*” [“El Yo debe desalojar al ello”]. Es verdad que puede saborearse en ella el tono de un lado (*d’un côté*) donde se atienen a la clase de operación aquí [así] evocada.

Ustedes comprenden bien que no es en una concepción gramatical de las funciones en que aparecen donde se trata de analizar si y cómo el *yo (je)* y el *Yo (moi)* se distinguen y se recubren en cada sujeto particular.

Lo que la concepción lingüística que debe formar al trabajador en su iniciación de base le enseñará, es a esperar del síntoma que haga la prueba de su función significante, es decir aquello por lo cual se distingue del índice natural que el mismo término designa corrientemente en medicina. Y para satisfacer esta exigencia metódica, se obligará a reconocer su empleo convencional en las significaciones suscitadas por el diálogo analítico. (Diálogo del que vamos a intentar describir (*de dire*) la estructura.) Pero estas significaciones mismas juzgará que no pueden ser captadas con certidumbre sino en su contexto, o sea en la secuencia que constituyen para cada una la significación que remite a ella y aquella a la que remite en el discurso analítico.

Estos principios de base entran fácilmente en aplicación en la técnica, e iluminándola, disipan muchas de las ambigüedades que, por mantenerse incluso en los conceptos fundamentales de la transferencia y de la resistencia, hacen ruinoso el uso que se hace de ellos en la práctica.

La resistencia a los resistentes

De considerar únicamente la resistencia cuyo empleo se confunde cada vez más con el de la defensa, y todo lo que implica en este sentido como maniobras de reducción con las que no es posible cegarse más frente a la coerción que ejercen, es bueno recordar que la primera resistencia con la que tiene que habérselas el análisis es la del discurso mismo en tanto que es ante todo discurso de la opinión, y que toda objetivación psicológica se mostrará solidaria de ese [un] discurso. Es esto en efecto lo que motivó la simultaneidad notable con que los burgraves del análisis llegaron a un punto muerto de su práctica hacia los años 1920: es que desde entonces sabían demasiado^{xxxv} de ello, pero no lo suficiente^{xxxvi} para hacer reconocer a sus pacientes^{xxxvii}, que ellos apenas sabían menos^{xxxviii}, su verdad.

Pero el principio adoptado desde entonces el de la primacía que debe concederse al **análisis de la resistencia** está lejos de haber conducido a un desarrollo favorable. Por la razón de que hacer pasar una operación como primera urgencia, no es suficiente para hacerle alcanzar su objetivo, si no se sabe bien en qué consiste éste.

Ahora bien, es precisamente hacia un refuerzo de la posición objetivante en el sujeto que se ha orientado el análisis de la resistencia, hasta el punto de que esta directiva se instala ahora en los principios que deben darse a la conducción de una cura-tipo.

Bien lejos pues que haga falta mantener al sujeto en un estado de observación, es preciso que se sepa que, de colocarlo en ese estado (*qu'à l'y engager*), se entra en el círculo de un malentendido que nada podrá romper en la cura, como tampoco en la crítica. Toda intervención en ese sentido sólo podría pues justificarse por un fin dialéctico, a saber: demostrar su valor de impás.

Pero iré más lejos y para decir: no puede usted al mismo tiempo proceder usted mismo a esa objetivación del sujeto y hablarle como conviene. Y esto por una razón que no es únicamente, la de que no se puede al mismo tiempo, como dice el proverbio inglés, comer pastel y conservarlo: es decir tener con respecto a los mismos objetos dos conductas cuyas consecuencias se excluyen. Sino por el motivo más profundo que se expresa en la fórmula de que no se puede servir a dos señores, es decir conformar su ser a dos acciones que se orientan en sentido contrario.

Pues la objetivación en materia psicológica está sometida en su principio a una ley de desconocimiento que rige al sujeto no solamente como observado, sino también como observador. Es decir que no es de él de quien tienen ustedes que hablarle, pues él mismo se basta para esta tarea, y al hacerlo, ni siquiera es a ustedes a quienes habla. Si es a él a quien tienen ustedes que hablar, es literalmente de otra cosa^{xxxix}, es decir de una cosa otra que aquella de la que se trata cuando él habla de sí mismo, y que es la cosa que les habla a ustedes; cosa que, diga lo que diga, le sería para siempre inaccesible, si no fuese porque, siendo una palabra que se dirige a ustedes, podría evocar en ustedes su respuesta y porque, habiendo escuchado el mensaje bajo esta forma invertida, pueden ustedes, al devolvérselo, darle la doble satisfacción de haberlo reconocido y de hacerle reconocer su verdad.

Esa verdad que conocemos así, ¿no podemos pues conocerla? *Adaequatio rei et intellectus*, tal se define el concepto de la verdad desde que hay pensadores y nos conducen por las vías de su pensamiento. Un intelecto como el nuestro estará sin duda a la altura de esa cosa que nos habla, incluso que habla en nosotros, y aun si se sustrae detrás del discurso que no dice nada sino para hacernos hablar, sería bueno ver que no encuentra a quién hablar.

Ésta es efectivamente la gracia que les deseo, y de lo que se trata ahora es de hablar de ella, y la palabra es de aquellos que ponen la cosa en práctica.

Intermedio

No esperen aquí sin embargo demasiado, pues desde que la cosa psicoanalítica se convirtió en cosa aceptada y sus sirvientes van al manicurista, las migas que hacen se avienen (*le ménage qu'ils font s'acommode*) a hacer sacrificios al buen tono, lo cual es bien cómodo (*commode*) para las ideas que nunca les han sobrado a los psicoanalistas: las ideas en saldo para todos harán el saldo de lo que le falta a cada uno. Somos personas (*gens*) bastante al corriente de las cosas para saber que el “cosismo” no será bien visto (*n'est pas bien portée*); y ahí tienen nuestra pirueta muy original (*toute trouvée*).

“¿Qué va usted a buscar otra cosa que ese Yo (*moi*) que usted distingue, prohibiéndonos a nosotros mirarlo (*avec défense à nous d'y voir*)?”, se nos replica. “Nosotros lo objetivamos, de acuerdo. ¿Qué mal hay en ello?” Aquí los zapatos finos proceden a paso de lobo para lanzarnos a la cara el zapatillazo siguiente: ¿cree usted pues que el Yo (*moi*) pueda tomarse por una cosa? No somos nosotros quienes comulgamos con esa rueda de molino.

De treinta y cinco años de cohabitación^{xl} con el Yo bajo el techo de la segunda tópica freudiana, de los cuales diez de relaciones más bien tormentosas, regularizada finalmente por el ministerio de la señorita **Anna FREUD** en un matrimonio cuyo crédito social no ha cesado de ir en aumento, hasta el punto de que me aseguran que pronto pedirá la bendición de la Iglesia, en una palabra como en ciento, de la experiencia más continuada de los psicoanalistas, no sacarán ustedes nada más continuada de los psicoanalistas, no sacarán ustedes nada más que ese cajón.

Es verdad que está repleto (*rempli jusqu'au bord*) de viejas novedades y de nuevas antiguallas cuyo amasijo no deja de ser divertido [distráido] (*divertissant*). El *Yo* es una función, el *Yo* es una síntesis, una síntesis de funciones, una función de síntesis. ¡Es autónomo! Ésa sí que es buena. Es el último fetiche introducido en el *sancta sanctorum* de la práctica que se autoriza por la superioridad de los superiores. Vale tanto como cualquier otro para este empleo, pues todos saben que para esa función, ésta sí completamente real, es el objeto más pasado de moda, el más sucio y el más repulsivo el que llena siempre mejor ese cometido (*qui fait toujours le mieux l'affaire*). Que éste le valga a su inventor la veneración que recoge allí donde está en servicio, todavía pase; pero lo más lindo es que le confiere en medios ilustrados (*éclairés*) el prestigio de haber hecho entrar al psicoanálisis en las leyes de la psicología general. Es como si S. E. el Aga Khan, no contento con recibir el famoso peso en oro que no menoscaba su estimación por parte de la sociedad cosmopolita, se viese atribuir el premio Nobel por haber distribuido a cambio a sus celadores el reglamento detallado de las apuestas del hipódromo [de la apuesta mutua] (*du pari mutuel*).

Pero el último hallazgo es el mejor: el yo, como todo lo que manejamos desde hace algún tiempo en las ciencias humanas, es una noción o-pe-ra-cio-nal.

Aquí recurro ante mis oyentes a ese “cosismo” ingenuo que los mantiene tan bien puestos (*bienséants*) en esos bancos escuchándome a pesar del ballet de las llamadas del servicio para que tengan a bien conmigo poner un *stop* a este o-pe (*pour qu'ils veuillent bien avec moi stopper c't o-pé*).

¿En qué ese o-pe distingue racionalmente lo que se hace con (*de*) la noción del *Yo* en análisis del uso corriente de cualquier otra cosa, de este pupitre, para tomar la primera que nos cae bajo la mano? En tan poca cosa que me comprometo a demostrar que los discursos que les conciernen, y esto es lo que está en cuestión (*et c'est cela qui est en cause*), coinciden punto por punto.

Porque este pupitre no es menos tributario que el *Yo* del significante, o sea de la palabra que llevando su función a lo general junto al facistol de belicosa memoria^{xli} y al mueble Tronchin de noble pedigrí, hace que no sea sólo un poco de árbol cortado, serrado y pegado por el ebanista, para fines de comercio solidarios de las modas creadoras de necesidades que sostienen su valor de intercambio, bajo la condición de una dosificación que no lleve demasiado aprisa a satisfacer la menos superflua de esas necesidades mediante el uso (*par l'usage*) último al que lo reduciría su desgaste (*son usure*): quiere decirse como leña para quemar (*nommément comme bois de chauffage*).

Por otra parte, las significaciones a que remite el pupitre no le van a la zaga en dignidad a las que interesa el *Yo*, y la prueba es que envuelven ocasionalmente al *Yo* mismo, si es por las funciones que el señor **Heinz HARTMANN** le atribuye de que uno de nuestros semejantes puede convertirse en nuestro pupitre: a saber, mantener una posición conveniente (*convenable*) al consentimiento que pone en ello. Función operacional sin duda que permitirá a dicho semejante escalonar en él todos los valores posibles de la cosa que es ese pupitre: desde el oneroso alquiler que mantuvo y mantiene todavía la cotización del jorobadito de la calle Quincampoix^{xliii} por encima de las vicisitudes y de la memoria misma del primer gran *crack* especulativo de los tiempos modernos, bajando por todos los oficios de comodidad familiar, de amueblamiento del espacio, de cesión venal o de usufructo, hasta el uso, y ¿por qué no?, también se ha visto eso, de combustible.

No es esto todo, pues estoy dispuesto a prestar (*je suis prêt à prêter*) mi voz al verdadero pupitre para que sostenga un discurso sobre su existencia que, por muy utilitaria (*tout ustensile*) que sea, es individual; sobre su historia que, por muy radicalmente alienada que nos parezca, ha dejado rastros memoriales a los que no les falta nada de lo que exige el historiador: documentos-textos-notas-de-proveedores, sobre su destino mismo que, por muy inerte que sea, es dramático, puesto que un pupitre es perecedero, puesto que ha sido engendrado en el trabajo, puesto que tiene una suerte sometida a azares, a traspies (*à des traverses*), a avatares, a prestigios, incluso a fatalidades, de las que él se hace intersigno, y puesto que está prometido a un fin del que no es necesario que sepa nada para que sea el suyo, puesto que es el fin que sabemos.

Pero aún así seguiría siendo trivial el que después de esta prosopopeya uno de ustedes sueñe que es ese pupitre dotado o no de la palabra, y como la interpretación de los sueños es ahora cosa conocida si no es que común, no habría por qué sorprenderse de que al descifrar el empleo de significante que ese pupitre habrá tomado en el *rébus* en que el soñador habrá encerrado su deseo, y al analizar la referencia más o menos equívoca que este empleo implica a las significaciones que en él habrá interesado la conciencia de ese pupitre, con o sin su discurso, toquemos lo que puede llamarse el preconscious de este pupitre.

Aquí escucho una protesta que, aunque regulada como papel pautado, no sé bien cómo nombrar. Es que a decir verdad pertenece a lo que no tiene nombre en ninguna lengua, y que, anunciándose en general bajo la moción negro-blanco de la personalidad total, resume todo lo que se nos machaca (*tympanise*) en psiquiatría en cuanto a fenomenología a la violeta (*à la gomme*) y en la sociedad en cuanto a progresismo estacionario. Protesta del “alma bella”, sin duda, pero bajo las formas que convienen al ser ni carne ni pescado, al aire medio chicha medio limonada, a los andares entre azul y buenas noches del intelectual moderno, ya sea de derechas o de izquierdas. En efecto, es por ese lado por donde la protesta ficticia de los que pululan gracias al desorden encuentra sus parentescos nobles. Escuchemos más bien el tono de ésta.

Este tono es mesurado pero grave: el preconsciente, se nos hace observar, no es, como tampoco la conciencia, del pupitre, sino de nosotros mismos que lo percibimos y le damos su sentido, con tanto menos esfuerzo (*peine*) por lo demás cuanto que hemos fabricado la cosa. Pero si se hubiese tratado de un ser más natural, conviene no embutir nunca inconsideradamente en la conciencia la forma elevada que, cualquiera que sea nuestra debilidad en el universo, nos asegura en él una imprescindible dignidad, véase la palabra junco (*roseau*) en el diccionario del pensamiento espiritualista.

Hay que reconocer que aquí **FREUD** me incita a la irreverencia por la manera en que, en alguna parte, de pasada y como quien no quiere la cosa (*en passant et comme sans y toucher*), se expresa sobre los modos de provocación espontánea que son la regla en la puesta en acción de la conciencia universal. Y esto me quita todo escrúpulo (*gêne*) de proseguir mi paradoja.

¿Es pues tan grande la diferencia entre el pupitre y nosotros en cuanto a la conciencia, si adquiere tan fácilmente su apariencia (*semblant*), si se le pone en juego entre ustedes y yo, que mis frases hayan permitido el equívoco (*qu'on s'y trompe*)? Así es como, colocado como uno de nosotros entre dos espejos paralelos, se le verá reflejarse indefinidamente, lo cual quiere decir que será mucho más semejante al que mira de lo que se piensa, puesto que viendo repetirse de la misma manera su imagen, ésta también se ve efectivamente por los ojos de otro cuando se mira, puesto que sin ese otro que es su imagen, no se vería verse.

Dicho de otra manera, el privilegio del *Yo (moi)* en relación con las cosas debe buscarse en otro sitio que en esa falsa recurrencia al infinito de la reflexión que constituye el espejismo de la consciencia, y que a pesar de su perfecta inanidad, cosquillea [excita, alegre] (*émoustille*) todavía bastante a quienes trabajan con el pensamiento como para que vean en ello un pretendido progreso de la interioridad, cuando es un fenómeno topológico cuya distribución en la naturaleza es tan esporádica como las disposiciones de pura exterioridad que lo condicionan^{xliii}, suponiendo que el hombre haya contribuido a esparcirlas con una frecuencia inmoderada.

Por otra parte, ¿cómo separar el término “preconsciente” de las afectaciones de ese pupitre, o de las que se encuentran en potencia o en acto en alguna otra cosa, y que ajustándose tan exactamente a mis afecciones, llegarán a la consciencia con ellas?

Que el Yo sea la sede de percepciones y el pupitre no, es cosa que estamos dispuestos a aceptar (*nous le voulons bien*), pero refleja con ello la esencia de los objetos que percibe y no la suya en tanto que la conciencia sería su privilegio, puesto que esas percepciones son en su mayor parte inconscientes.

No sin motivo, por lo demás, descubríamos (*nous repérons*) el origen de la protesta de la que debemos ocuparnos aquí, en esas formas bastardas de la fenomenología que ahuman (*enfument*) los análisis técnicos de la acción humana y especialmente los que se requerirían en medicina. Si su materia barata (*à bon marché*) para emplear ese calificativo que el Sr. **JASPERS** afecta especialmente a su estimación del psicoanálisis, es efectivamente la que da a la obra de éste su estilo, así como su peso a su estatua de director espiritual de hierro colado (*en fonte*) y de maestro de pensamiento de hojalata (*en fer-blanc*), no por eso carecen de uso, e incluso es siempre el mismo: distraer (*faire diversion*)^{xliv}.

Se sirve de ellas aquí por ejemplo para no ir al hecho de que el pupitre no habla, de que los defensores de la falsa protesta no quieren saber nada, porque de escucharme concedérsela, mi pupitre inmediatamente se haría parlante.

El discurso del otro

“¿En qué pues prevalece por encima del pupitre que soy –les diría- ese Yo que ustedes tratan en el análisis?”

“Pues si su salud se define por su adaptación a una realidad considerada simplemente como a su medida, y si necesitan ustedes la alianza con ‘la parte sana del yo’ para reducir, en la otra parte sin duda, ciertas discordancias con la realidad, que no aparecen como tales sino para el principio de ustedes de considerar a la situación analítica como simple y anodina, y que ustedes no descansarán hasta hacerlas ver con la misma mirada que la de ustedes por el sujeto, ¿no está claro que no hay más discriminación de la parte sana del Yo del sujeto que su acuerdo con la óptica de ustedes que, suponiéndola sana, se convierte así en la medida de las cosas, del mismo modo que no hay otro criterio de la curación que la adopción completa por el sujeto de esa medida que es la suya, lo cual confirma la confesión corriente entre autores graves de que el final del análisis se obtiene con la identificación con el Yo del analista?”

“Sin duda, la confesión que se ostenta (*qui s'étale*) tan tranquilamente, no menos que la acogida que encuentra, deja pensar que contrariamente al lugar común según el cual se impone uno a los ingenuos, es mucho más fácil que los ingenuos se impongan. Y la hipocresía que se revela en la declaración cuyo arrepentimiento aparece con una regularidad tan curiosa en ese discurso, de que hay que hablar al sujeto “en su lenguaje”, da aún más qué pensar en cuanto a la profundidad de esa ingenuidad. Pero hay que sobreponerse además a la náusea (*écoeurement*) que levanta la evocación que sugiere del habla *babysh*, sin la cual ciertos padres advertidos no creerían poder inducir a sus altas razones a los pobres pequeñuelos a los que no hay más remedio que mantener tranquilos. Simples miramientos que se consideran como debidos a lo que la imbecilidad analítica proyecta en la noción de la debilidad del Yo de los neuróticos^{xlv}.

“Pero no estamos aquí para soñar entre la náusea (*nausée*) y el vértigo. Queda el hecho de que, por muy pupitre que sea yo que les hablo (*que je sois à vous parler*), soy el paciente ideal, puesto que conmigo no hay que tomarse tanto trabajo, los resultados se logran de buenas a primeras, estoy curado de antemano. Puesto que se trata únicamente de sustituir a mi discurso el de ustedes, soy un Yo perfecto, puesto que nunca he tenido otro y puesto que me remito a ustedes para que me informen de las cosas a las cuales mis dispositivos de regulación no les permiten adaptarme directamente, a saber: todas aquellas que no son las dioptrías de ustedes, su talla y la dimensión de sus papeles.”

Muy bien dicho, me parece, para un pupitre. Sin duda estoy bromeando. En lo que ha dicho, a mi gusto, no tenía una palabra que decir. Debido a que era él mismo una palabra; era *Yo* en cuanto sujeto gramatical. ¡Hombre!, un grado ganado, y bueno para que lo recoja el soldado de ocasión en el foso de una reivindicación completamente erística, pero también para proporcionarnos una ilustración de la divisa freudiana que, si se expresase como “Allí donde era/estaba ‘ello’, el *yo (je)* debe ser/estar”, confirmaría en provecho nuestro el carácter débil de la traducción que sustantiva el *Ich* adornando con una *t (en passant un t)* la palabra *soll* y fija el curso del *Es* a la tasa de la ce cedilla (*ç*) [forma apostrofada del pronombre neutro (*ça*)]. Queda el hecho de que el pupitre no es un *Yo*, por muy elocuente que haya sido, sino un medio en mi discurso.

Pero después de todo, si se encara su virtud en el análisis, el *Yo* también es un medio, y podemos compararlos.

Como el pupitre lo hizo observar pertinentemente, presenta sobre el *Yo* la ventaja de no ser un medio de resistencia, y es sin duda por eso por lo que lo escogí para soportar y aligerar otro tanto lo que una mayor interferencia de mi *Yo* en la palabra de **FREUD** hubiese provocado en ustedes de resistencia: satisfecho como lo estaría ya, si lo que debe quedarles a ustedes, a pesar de ese desvanecimiento (*effacement*), les hiciese encontrar lo que digo “interesante”. Locución que no sin motivo designa en su eufemismo lo que sólo nos interesa moderadamente, y que encuentra la manera de cerrar su circuito en su antítesis por la cual se llama desinteresadas a las especulaciones de interés universal.

Pero vamos a ver un poco si lo que digo llega a interesarles, como suele decirse, para rellenar la antonomasia^{xlvi} con el pleonismo^{xlviii}: personalmente, el pupitre estará pronto hecho trizas para servirnos de arma.

Pues bien, todo esto se encuentra también en lo que se refiere al *Yo*, con la única diferencia de que sus usos aparecen invertidos en su relación con sus estados. Medio de la palabra dirigida a ustedes por el inconsciente del sujeto, arma para resistir a su reconocimiento, fragmentado es como lleva la palabra, y entero es como sirve para no escucharla.

En efecto, es en la desagregación de la unidad imaginaria que constituye el Yo, donde el sujeto encuentra el material significante de sus síntomas. Y es la especie de interés que despierta en él el Yo, de donde vienen las significaciones que desvían de él su discurso (*qui en détournent son discours*).

La pasión imaginaria

Este interés del Yo es una pasión cuya naturaleza había sido ya entrevista por el linaje de los moralistas donde se la llamaba amor propio, pero de la cual sólo la investigación psicoanalítica supo analizar la dinámica en su relación con la imagen del cuerpo propio. Esta pasión aporta a toda relación con esta imagen, constantemente representada por mi semejante, una significación que me interesa de tal manera [tanto] (*tellement*), es decir que me hace estar en una tal dependencia de esa imagen, que acaba por ligar al deseo del otro todos los objetos de mis deseos, más estrechamente (*de plus pres*) que al deseo que suscitan en mí^{xlvi}.

Se trata de los objetos en cuanto esperamos su aparición en un espacio estructurado por la visión, es decir de los objetos característicos del mundo humano. En cuanto al conocimiento del que depende el deseo de esos objetos, los hombres están lejos de confirmar la locución que hace que no vean más allá de sus narices, pues su desgracia por el contrario consiste en que sea a partir de la punta de su nariz donde comienza su mundo, y en que no puedan aprehender en él su deseo sino gracias al mismo trujamán [intérprete, mediador] (*truchement*) que les permite ver su propia nariz, es decir en algún espejo. Pero apenas han discernido esa nariz, se enamoran de ella, y esto es la primera significación por la cual el narcisismo envuelve las formas del deseo. No es la única y el ascenso creciente de la agresividad en el firmamento de las preocupaciones analíticas permanecería oscura si se mantuviera en ella (*à s'y tenir*).

Es un punto que yo mismo creo haber contribuido a elucidar al concebir la dinámica llamada del *estadio del espejo*, como consecuencia de una prematuración del nacimiento, genérica en el hombre, de donde resulta en el momento señalado (*au temps marqué*) la identificación jubilosa del individuo todavía *infans* con la forma total en que se integra ese reflejo de nariz, o sea con la imagen de su cuerpo: operación que, aunque hecha a ojo de buen cubero (*à vue de nez*), viene al caso decirlo, o sea más o menos de la índole de ese ¡ajá! que nos esclarece sobre la inteligencia del chimpancé, maravillados como lo estamos siempre de captar su milagro sobre el rostro de nuestros iguales (*pairs*), no deja de acarrear una deplorable consecuencia (*suite*).

Como lo observa muy justamente un poeta^{xlix} ingenioso (*bel esprit*), el espejo haría bien en reflexionar un poco más antes de devolvernos nuestra imagen. Porque en ese momento el sujeto todavía no ha visto nada. Pero por poco que la misma captura se reproduzca ante la nariz de uno de sus semejantes, la nariz de un notario^l por ejemplo, Dios sabe adónde va a ser llevado el sujeto por la punta de la nariz, en vista de los lugares en que esos oficiales ministeriales tienen la costumbre de meter las suyas (*de fourrer le leur*). Del mismo modo todo lo que tenemos de resto^{li}, manos, pies, corazón, boca, incluso los ojos, tiene repugnancia a seguir, se llega a la amenaza de una ruptura de enganche (*rupture d'attelage*), cuyo anuncio como angustia no podría sino acarrear medidas de rigor. ¡Concentración! (*Rassemblement!*), es decir llamada al poder de esa imagen de la que se regocijaba la luna de miel del espejo, a esa unión sagrada de la derecha y de la izquierda que se afirma en ella, por muy trastocada que aparezca si el sujeto se muestra en ella con más miramientos (*un peu plus regardant*).

Pero de esa unión, ¿qué modelo más bello que la imagen misma del otro, es decir del notario en su función? Así es como las funciones de dominio que llaman impropriamente funciones de síntesis del yo, instauran sobre el fundamento de una alienación libidinal el desarrollo que es su consecuencia, y concretamente lo que en otros tiempos habíamos llamado el principio paranoico del conocimiento humano, según el cual sus objetos están sometidos a una ley de reduplicación imaginaria, evocando la homologación de una serie indefinida de notarios, que no debe nada a su cámara sindical.

Pero la significación decisiva para nosotros de la alienación constituyente del *Urbild* del Yo, aparece en la relación de exclusión que estructura desde ese momento en el sujeto la relación dual de Yo a Yo. Pues si la coaptación imaginaria del uno al otro debiese hacer que los papeles se distribuyesen de forma complementaria entre el notario y el notariado (*notarié*) por ejemplo, la identificación precipitada del Yo con el otro en el sujeto tiene como efecto que esta distribución no constituya nunca una armonía ni siquiera cinética, sino que se instituye sobre el “tu o Yo” permanente de una guerra en que está en juego la existencia del uno o el otro de dos notarios en cada uno de los sujetos. Situación que está simbolizada en el “Eso lo será usted” de la querrela transivista, forma original de la comunicación agresiva.

Se ve a qué se reduce el lenguaje del Yo: la iluminación intuitiva, el mandato de recogimiento, la agresividad retorsiva del eco verbal. Añadamos lo que le corresponde de los desechos automáticos del discurso común: el sermoneo educativo y el ritornello delirante, modos de comunicación que reproducen perfectamente objetos apenas más complicados que este pupitre, una construcción de *feed back* para los primeros, para los segundos un disco de gramófono, de preferencia rayado en el lugar adecuado.

Sin embargo es en este registro en el que se profiere el análisis sistemático de la defensa. Se corrobora con las apariencias (*semblants*) de la regresión. La relación de objeto proporciona las apariencias y ese forzamiento no tiene más salida que una de las tres que se confiesan en la técnica en vigor. Ya sea el salto impulsivo a lo real a través del aro de papel del fantasma: *acting out* en un sentido ordinariamente de signo contrario a la sugestión. Ya sea la hipomanía transitoria por eyección del objeto mismo, que está propiamente descrita en la embriaguez megalomaniaca que nuestro amigo **Michel BALINT**, con una pluma tan verídica que nos lo hace aún más amigo, reconoce como el índice de la terminación del análisis en las normas actuales. Ya sea en la especie de somatización que es la hipocondría *a mínima*, teorizada públicamente bajo el capítulo de la relación médico-enfermo.

La dimensión sugerida por **RICKMAN** de la *two body psychology* es el fantasma con que se cobija un *two ego analysis* tan insostenible como coherente en sus resultados^{lii}.

La acción analítica^{liii}

Por eso enseñamos que no hay solamente en la situación analítica dos sujetos presentes, sino dos sujetos provistos cada uno de dos objetos que son el Yo y el otro, teniendo este otro [*autre*] como índice una *a* minúscula inicial. Ahora bien, en razón de las singularidades de una **matemática dialéctica** con la cual [las cuales] habrá que familiarizarse, su reunión en el par de los sujetos *S* y *A* sólo cuenta en total con cuatro términos, por la razón de que la relación de exclusión que juega entre *a* y *a'* reduce a las dos parejas así anotadas a uno/a solo/a en la confrontación de los sujetos^{liv}.

En esta partida entre cuatro, el analista actuará sobre las resistencias significativas que lastran, frenan y desvían a la palabra, aportando él mismo al cuarteto el signo primordial de la exclusión que connota el “o bien – o bien” de la presencia o de la ausencia, que despeja formalmente la muerte incluida en la *Bildung* narcisista. Signo que falta, observémoslo al pasar, en el aparato algorítmico de la lógica moderna que se intitula simbólica, y que demuestra en ella la insuficiencia dialéctica que la hace todavía inepta para la formalización de las ciencias humanas.

Esto quiere decir que el analista interviene concretamente en la dialéctica del análisis haciéndose el muerto, cadaverizando su posición, como dicen los chinos, ya sea por su silencio allí donde es el Otro (*Autre*) con una A mayúscula, ya sea anulando su propia resistencia allí donde es el otro con una *a* minúscula. En los dos casos, y bajo las incidencias respectivas tanto de lo simbólico como de lo imaginario, presentifica la muerte.

Pero además conviene que reconozca, y por lo tanto distinga, su acción en uno y otro de esos dos registros para saber por qué interviene, en qué instante se ofrece la ocasión y cómo actuar en ese caso.

La condición primordial es que esté compenetrado de la diferencia radical del Otro, al cual debe dirigirse su palabra, y de ese segundo otro que es el que ve y desde el cual y a través del cual el primero le habla en el discurso que prosigue (*poursuit*) ante él. Porque es así como sabrá ser aquél a quien ese discurso se dirige.

El apólogo de mi pupitre y la práctica corriente del discurso de la convicción le mostrarán suficientemente, si lo piensa, que ningún discurso, sea cual sea la inercia en que se apoye o la pasión a la que apela, se dirige nunca sino al buen entendedor al que lleva las pocas palabras que bastan (*auquel il porte son salut*). Hasta el propio argumento que llaman *ad hominem* no es considerado por aquél que lo practica sino como una seducción destinada a obtener del otro en su autenticidad la aceptación de una palabra, palabra que constituye entre los dos sujetos un pacto, declarado o no, pero que se sitúa en un caso como en el otro más allá de las razones del argumento.

De ordinario, cada uno sabe que los otros, lo mismo que él permanecerán inaccesibles a las constricciones de la razón, fuera de una aceptación de principio de una regla del debate que implica un acuerdo explícito o implícito sobre lo que se llama su fondo (*son fonds*), lo que equivale casi siempre a un acuerdo anticipado sobre su envite. Lo que llaman lógica o derecho no es nunca nada más que un cuerpo de reglas que fueron laboriosamente ajustadas en un momento de la historia debidamente fechado y situado por un sello de origen, ágora o foro, iglesia, incluso partido. No esperaré pues nada de esas reglas fuera de la buena fe del Otro, y en caso extremo (*en désespoir de cause*) no me serviré de ellas, si lo juzgo apropiado o si me obligan a ello, sino para divertir a la mala fe.

El lugar de la palabra

El Otro es pues el lugar donde se constituye el yo (*je*) que habla con el que escucha, siendo lo que uno dice ya la respuesta, y decidiendo el otro al escucharlo si (el) uno ha hablado o no.

Pero de vuelta (*en retour*), ese lugar se extiende en el sujeto tan lejos como reinan en él las leyes de la palabra, es decir mucho más allá del discurso que toma del Yo sus consignas, desde que **FREUD** descubrió su campo inconsciente y las leyes que lo estructuran.

No es en razón de un misterio, que sería el de la indestructibilidad de ciertos deseos infantiles, como estas leyes del inconsciente determinan los síntomas analizables. El modelado imaginario del sujeto por sus deseos más o menos fijados o regresados en su relación con el objeto es insuficiente y parcial para dar su clave.

La insistencia repetitiva de esos deseos en la transferencia y su rememoración permanente en un significante del que se ha apoderado la represión, es decir donde lo reprimido retorna, encuentran su razón necesaria y suficiente, si se admite que el deseo de reconocimiento domina en esas determinaciones al deseo que hay que reconocer, conservándolo como tal hasta que sea reconocido.

Las leyes de la rememoración y del reconocimiento simbólico, en efecto, son diferentes en su esencia y en su manifestación de las leyes de la reminiscencia imaginaria, es decir del eco del sentimiento o de la impronta (*Prägung*) instintual, incluso si los elementos ordenados por las primeras (*qu'ordonnent les premières*) como significantes han sido tomados del material al que las segundas dan significación.

Para tocar la naturaleza de la memoria simbólica es suficiente con haber estudiado una vez, como yo lo hice hacer en mi seminario, la sucesión (*suite*) simbólica más simple, la de una serie (*série*) lineal de signos que connotan la alternativa de la presencia o de la ausencia, habiendo escogido cada una al azar, ya se proceda bajo un modo puro o impuro. Apórtese entonces a esa sucesión (*suite*) la elaboración más simple, la de anotar en ella las secuencias ternarias en una nueva serie, y se verán aparecer leyes sintácticas que imponen a cada término de ésta ciertas exclusiones de posibilidad hasta que se levanten las compensaciones que exigen sus antecedentes.

Fue el corazón de esta determinación de la ley simbólica lo que **FREUD** alcanzó de buenas a primeras con su descubrimiento, pues en este inconsciente del que nos dice con insistencia que no tiene nada que ver con todo lo que había sido designado con ese nombre hasta entonces, reconoció la instancia de las leyes en que se fundan la alianza y el parentesco, instalado en ellas desde la *Traumdeutung* el complejo de Edipo como su motivación central. Y esto es lo que me permite ahora decirles por qué los motivos del inconsciente se limitan –punto sobre el cual **FREUD** tomó partido desde el principio y nunca se desdijo (*s'est déclaré d'abord et n'a jamais fléchi*)- al deseo sexual. En efecto, es esencialmente sobre el nexo (*liaison*) sexual, y ordenándolo bajo la ley de las alianzas preferenciales y de las relaciones prohibidas, sobre el que se apoya la primera combinatoria de los intercambios de mujeres entre las estirpes nominales, para desarrollar en un intercambio de bienes gratuitos y en un intercambio de palabras-clave el comercio fundamental y el discurso concreto que soportan las sociedades humanas.

El campo concreto de la conservación individual, en cambio, por sus vínculos con la división no del trabajo, sino del deseo y del trabajo, ya manifestado desde la primera transformación que introduce en el alimento su significación humana hasta las formas más elaboradas de la producción de bienes que se consumen, muestra suficientemente que se estructura en esa dialéctica del amo y del esclavo en la que podemos reconocer la emergencia simbólica de la lucha a muerte imaginaria en la que hemos definido hace un momento la estructura esencial del *Yo*: así pues no hay por qué extrañarse de que ese campo se refleje exclusivamente en esa estructura. Dicho de otra manera, esto explica que el otro gran deseo genérico, el del hambre, no esté representado, como **FREUD** lo sostuvo siempre, en lo que el inconsciente conserva para hacerlo reconocer.

Así se ilumina cada vez más la intención de **FREUD**, tan legible para quien no se contente con hacer el burro alrededor de (*d'annonner*) su texto, en el momento en que promovió la tópica del Yo, y que fue la de restaurar en su rigor la separación, hasta en su interferencia inconsciente, del campo del Yo y el del inconsciente primeramente descubierto por él, mostrando su posición “de través” del primero en relación con el segundo, al reconocimiento del cual resiste por la incidencia de sus propias significaciones en la palabra.

Es ahí efectivamente donde yace el contraste entre las significaciones de la culpabilidad cuyo descubrimiento en la acción del sujeto dominó la fase primera de la historia del análisis, y las significaciones de frustración afectiva, de carencia instintual y de dependencia imaginaria del sujeto que domina su fase actual

Que el predominio de las segundas, tal como se consolida actualmente en el olvido de las primeras, nos prometa una propedéutica de infantilización general, no es decir mucho (*c'est peu de le dire*), cuando el psicoanálisis deja ya autorizarse de su principio prácticas de mistificación social a gran escala.

La deuda simbólica

¿Nuestra acción irá pues a reprimir la verdad misma que lleva consigo (*qu'elle emporte*) en su ejercicio? ¿Pondrán a dormir (*Fera-t-elle rentrer en sommeil*) a esta verdad, que **FREUD** en la pasión del hombre de las ratas mantendría ofrecida para siempre a nuestro reconocimiento, incluso si tuviésemos que apartar cada vez más de ella nuestra vigilancia: a saber, que de las prevaricaciones [felonías] (*forfaitures*) y de los vanos juramentos, de las faltas de palabra y de las palabras en el aire cuya constelación presidió la venida al mundo de un hombre, está amasado el convidado piedra que viene a turbar, en los síntomas, el banquete de sus deseos?

Pues la uva verde de la palabra por la cual el niño recibe demasiado temprano de un padre la autentificación de la nada de su existencia, y el racimo de la ira que responde a las palabras de falsa esperanza con que su madre lo ha engañado al alimentarlo con la leche de su verdadero desespero, le dan más dentera que el haber sido destetado de un goce imaginario o incluso el haber sido privado de tales cuidados reales.

¿Escurremos el bulto (*Tirerons-nous notre épingle*) del juego simbólico por donde [por medio del cual] la falta real paga el precio de la tentación imaginaria? ¿Desviaremos nuestro estudio de lo que sucede con la ley cuando, por haber sido intolerable a una fidelidad del sujeto, fue desconocida por él ya cuando era todavía ignorada, y del imperativo sí, por haberse presentado a él en la impostura, es refutado en su fuero antes de ser discernido: es decir de los resortes que, en la malla rota de la cadena simbólica, hacen subir desde lo imaginario esa figura obscena y feroz en la que es preciso ver la significación verdadera del superyó?

Entiéndase aquí que nuestra crítica del análisis que se pretende análisis de la resistencia y se reduce cada vez más a la movilización de las defensas, no lleva más que sobre el hecho de que está tan desorientada en su práctica como en sus principios, para volverla a llamar al orden de sus fines legítimos.

Las maniobras de complicidad dual en las que se esfuerza para efectos de felicidad y de éxito no podrían tomar valor a nuestros ojos sino aminorando la resistencia de los efectos de prestigio en los que el Yo se afirma^{lv}, en la palabra que se confiesa en tal momento del análisis que es el momento analítico.

Creemos que es en la confesión de esta palabra de la que la transferencia es la actualización enigmática, donde el análisis debe recuperar su centro al mismo tiempo que su gravedad, y que nadie vaya a imaginar por nuestras afirmaciones de hace un momento que concebíamos esa palabra bajo algún modo místico evocador del *karma*. Pues lo que llama la atención (*ce qui frappe*) en el drama patético de la neurosis, son los aspectos absurdos de una simbolización desconcertada cuyo *quid pro quo* cuanto más se le penetra más irrisorio aparece.

Adequatio rei et intellectus: el enigma homonímico que podemos hacer brotar del genitivo *rei*, que sin cambiar siquiera de acento puede ser el de la palabra *reus*, que quiere decir parte en causa en un proceso, y más particularmente el acusado, y metafóricamente el que está en deuda de algo, nos sorprende dando finalmente su fórmula a la adecuación singular cuya cuestión planteábamos para nuestro intelecto y que encuentra su respuesta en la deuda simbólica de la que el sujeto es responsable como sujeto de la palabra.

La formación de los analistas futuros (des analystes à venir)

Así es a las estructuras del lenguaje, tan manifiestamente reconocibles en los mecanismos primordialmente descubiertos del inconsciente, a las que volveremos para retomar nuestro análisis de los modos bajo los cuales la palabra sabe recobrar^{lvi} la deuda que engendra.

Que la historia de la lengua y de las instituciones y las resonancias, testificadas o no en la memoria, de la literatura y de las significaciones implicadas en las obras de arte, sean necesarias para la inteligencia [comprensión] del texto de nuestra experiencia, es un hecho del que **FREUD**, por haber tomado él mismo en ellas su inspiración, sus procedimientos de pensamiento y sus armas técnicas, da testimonio tan abrumadoramente (*massivement*) que se lo puede comprobar (*toucher*) con sólo hojear las páginas de su obra. Y no ha creído superfluo poner esa condición a toda institución de una enseñanza del psicoanálisis.

Que esta condición haya sido descuidada, y hasta en la selección de los analistas, esto no podría ser ajeno a los resultados que vemos, y nos indica que es articulando técnicamente sus exigencias como únicamente podremos satisfacerla. De lo que debe tratarse ahora es de una iniciación en los métodos del lingüista, del historiador y yo diría del matemático, para que una nueva generación de clínicos [practicantes] y de investigadores recobre el sentido de la experiencia freudiana y su motor. Encontrará también en ellos con qué preservarse de la objetivación psico-sociológica donde el psicoanalista en sus incertidumbres va a buscar la sustancia de lo que hace, siendo así que no puede aportarle más que una abstracción inadecuada donde su práctica se empantana y se disuelve.

Esta reforma será una obra institucional, pues no puede sostenerse más que mediante una comunicación constante con disciplinas que se definirían como ciencias de la intersubjetividad, o también en que por el término de ciencias conjeturales, término con el cual indico el orden de las investigaciones que están haciendo virar la implicación de las ciencias humanas.

Pero semejante dirección no se mantendrá más que por medio de una enseñanza verdadera, es decir que no cese de someterse a lo que se llama innovación. Pues el pacto que instituye la experiencia debe tener en cuenta el hecho de que ella insta los efectos mismos que la capturan para apartarla del sujeto.

Así, denunciando el pensamiento mágico, no se ve que es pensamiento mágico, y en verdad la coartada de los pensamientos de poder, siempre dispuestos a producir su rechazo en una acción que no se sostiene más que por su articulación con la verdad.

Es a esa articulación de la verdad a la que **FREUD** se remite al declarar imposibles de cumplir tres apuestas (*gageures*): educar, gobernar, psicoanalizar. ¿Por qué lo serían en efecto, sino porque el sujeto no puede dejar de estar en falta (*qu'y être manqué*), si se hila en el margen que **FREUD** reserva a la verdad?

Pues la verdad se revela allí compleja por esencia, humilde en sus oficios y extraña a la realidad, insumisa a la elección del sexo, pariente de la muerte y, a fin de cuentas, más bien del sexo, pariente e la muerte y, a fin de cuentas, más bien inhumana, Diana tal vez... Acteón demasiado culpable para cazar (*à courre*) a la diosa, presa en la que se prende, cazador (*veneur*), la sombra en que te conviertes, deja ir a la jauría sin que tu paso se apresure, Diana reconocerá por lo que valen a los perros...

NOTAS A “LA COSA FREUDIANA”

ⁱ Se trata de Sylvie Bataille, ex esposa de Georges Bataille, con la que Lacan había vivido desde poco antes de la segunda guerra mundial y con la que se casó en julio de 1953. Con ella tendría una hija Judith.

ⁱⁱ En 1955, Austria – y por consiguiente Viena – realizaba su reunificación bajo estatuto neutral, después de la división en cuatro zonas de ocupación que había seguido a la Segunda Guerra mundial. Efectivamente Austria fue ocupada por las potencias vencedoras: Francia, Gran Bretaña, la URSS y EEUU. Tras 10 años de ocupación, el 19 de mayo de 1955, tiene lugar la firma del tratado de Estado con tres potencias aliadas por un lado y con la URSS por otro. La decisión de la Unión Soviética, hasta entonces reticente, responde a la política de deshielo postestalinista. La concretización del tratado devuelve la plena soberanía a la república y establece su neutralidad, ya que se compromete a renunciar a cualquier alianza militar, tanto con la OTAN como con el recién nacido PACTO DE VARSOVIA. Lacan parece aludir a esto en este comienzo de su discurso. Sobre Viena, como contexto socio-político-cultural más inmediato de la obra de Freud vale la pena la lectura de los libros de:

- LE RIDER Jacques, *Modernité viennoise et crises de l'identité*, Paris, PUF, 1990.

- JOHNSTON, William M., *L'Esprit viennois*, Paris, PUF, coll. “Quadrige”, 1991.

Lacan ha venido al “lugar eterno del descubrimiento de Freud” como heraldo del *retorno a Freud*. Aquello en lo que se ha convertido el psicoanálisis desde la “muerte de Freud” muestra lo que el psicoanálisis no es, y Lacan, empujándonos a retornar a Freud busca volver a dar nuevo vigor a lo que lo sostenía. El estudio sistemático de la obra de Freud, de sus textos, engendra verdaderos descubrimientos: conceptos que siguen inexplorados, detalles clínicos fundamentales, métodos que transforman la práctica clínica.

ⁱⁱⁱ *El discurso del analista* es el que saliendo del eclipse produce el retorno a Freud, “efecto de fase” contrario al que había producido el discurso de los llamados analistas, rebajado a discurso universitario, a discurso de la opinión. Retorno a Freud, retorno, pues, a lo propio del psicoanálisis para recobrar el discurso que aquél inauguró.

^{iv} La cuestión central del texto freudiano, el sentido de su cuestionamiento se ha perdido por esa “voluntad...”. Esta voluntad categórica que es la dominante del discurso de la dominancia hizo girar el discurso del analista hacia el confort de la garantía universitaria.

^v El adversario es el discurso académico, lo que será después en la obra de Lacan el discurso universitario. Este discurso dará lugar a la objetivación psicológica del sujeto, a su tratamiento como un objeto, en su unidad, permanencia y sustancialidad. Véase el artículo de Jorge JINKIS “Lo que el psicoanálisis nos enseña” en *Cuadernos de psicoanálisis*, Año XII, n° 2, Bs. Aires, Ed. Helguero, 1982, pp.

^{vi} El bosque de Bondy tenía la reputación de esconder detrás de cada árbol a un bandido. Ahora bien, no es porque una cosa puede ocultar otra que se tiene el derecho de confundirlas. Este pasaje puede ser ilustrado por la intersección de dos conjuntos donde el conjunto de los árboles y el de los bandidos no se recubren. O sea: debe haber inconsciente que no es Yo (*moi*), y es eso lo inconsciente. Sino ¿para qué la distinción? Metáfora también del peligro de la confusión en la teoría, por su conexión con la del “árbol que no deja ver el bosque”. Este bosque de Bondy no es evitado, ni en sus peligros, que gracias a un recurso a lo decisivo de la verdad, aquí todavía opuesta dialécticamente a la realidad.

^{vii} *Osculation* remite aquí a un término de la geometría que se refiere al contacto más extremo en cierto punto de curvas o superficies.

^{viii} El emblema proverbial en cuestión se presenta bajo diversas formas, verbales o plásticas. Algunas variaciones de él son: “La verdad está en el fondo de un pozo”, “La verdad sale del pozo”. Es representada tanto por una mujer desnuda que sostiene un espejo como descubierta por un hombre que lleva una antorcha. Lacan anuda aquí el triple hilo: 1° de una alusión a la etimología (*puits*: *putens* de *puteo*: pudrir (*pourrir*), apestar (*puer*)] que subraya el parentesco de la verdad con la muerte; 2° de un equívoco homofónico (*puits* / *puis*), y 3° de un juego de oposiciones (*avant* / *puis*, *écrit* / *parole*, *se conserver* / *pourrir*) apuntalándose mutuamente para velar con una precisión deslumbrante lo que la prosopopeya va a hacer reconocer del proverbio y de la clave que da de ello. Es esa una ilustración, doble puesta en acto de su exposición, puesto que se encuentran allí los dos tiempos distinguidos al comienzo

del mismo párrafo: “Una verdad, si hay que decirlo, no es fácil de reconocer, una vez ha sido aceptada”.

^{ix} Este juego de salón consiste en ir diciendo rápidamente frases a partir de “*pigeon-vole*” (vuela, vuela), cambiando cada vez el sujeto. Los jugadores deben levantar la mano cuando se trata efectivamente de cosas que vuelan, y permanecer inmóviles cuando, por el contrario, la frase es absurda, pagando una prenda por cada error.

^x Cf. Hegel

^{xi} Es la expresión utilizada por el propio Freud en su *Traumdeutung* [G.W., II, p.284]. Los *rébus* son acertijos gráficos en los que, a partir del significante o el significado de los elementos icónicos o simbólicos, debe reconstruirse una frase. En las páginas de entretenimiento de las revistas ilustradas se los denomina en español –impropiamente– “jeroglíficos”. *Rébus* es también el dativo plural de *res*, cosa, en latín. Se trata de “decir con cosas”

^{xii} *Parade (Pavoneo)*: Alarde, ostentación, exhibición que se hace de algo, con el fin de hacerse valer.

^{xiii} Se refiere a la novela de Denis DIDEROT (1713-1784), *Les bijoux indiscrets* (1747)

^{xiv} Schreber fue víctima efectivamente de los rayos divinos que hablan, es decir del significante.

^{xv} Véase Primera parte: Diálogo cuarto.

^{xvi} Obsérvese que la metáfora es doble: perros por discípulos, perros por pensamientos.

^{xvii} Lacan explica lo que sucede con la bula de Stalin en “La instancia de la letra en el inconsciente” [É., p. 496]

^{xviii} En la primera versión figuraba en el lugar de “*de relaciones que no se superponen*”: “*en dimensiones diferentes*”.

^{xix} La diacronía del significado no es otra cosa que la diacronía del significante y sus efectos de recorte sobre lo real elevado así a significado.

^{xx} Esa unidad es la puntuación de la cadena significante lo que la determina retroactivamente.

^{xxi} A partir de aquí el texto está muy modificado respecto de la primera versión; daré al final de cada punto y aparte el texto traducido al español de la primera versión con el que podrá cotejarse esta versión definitiva que figura aquí en estos *Escritos*.

^{xxii} “*Es decir que si las significaciones captan las cosas, es sólo al constituir su conjunto envolviéndolo en el significante, y que si su trama recubre ese conjunto siempre lo bastante para desbordarlo, es que el significante en su conjunto no es significación de nada. Lo cual confirma que el lenguaje no es nunca señal, sino movimiento dialéctico.*”

^{xxiii} Ese pasaje sobre la redundancia propia de la significación excluye que se pueda captar ésta por la suma sobreabundante de los sentidos censados en el Diccionario, pues ella excede esta suma por su propia indeterminación. Hay a la vez demasiado y no lo suficiente. De donde la necesidad de una toma de las cosas que sea de conjunto, para que ella se realice. Ver también: “*Lo que es redundancia para la información es lo que, en el habla, hace las veces de resonancia*” [É., p. 299]

^{xxiv} “*Se puede, sólo partiendo de ahí, observar que toda denuncia verbal de un desorden participa del desorden contra el que se declara, en el hecho de que el desorden se ha instalado por su discurso. HEGEL, en su dialéctica del alma bella, había mostrado ya que esta observación sólo es tautología si se desconoce el efecto tauto-óntico en que se arraiga, es decir que el ser es primero del desorden del cual el alma bella vive en todos los sentidos (comprendido su sentido económico) que puede encontrarse en el término: de qué vivir, y que al denunciar el desorden, el alma bella no procede sino a la mediación todavía desconocida de ella de la conducta por la cual subsiste de ella.*”

^{xxv} “Esa dialéctica no parecía poder penetrar más allá del delirio de la presunción al que HEGEL la aplicaba, es decir más allá de la trampa ofrecida por el espejismo de la consciencia al “yo”, infatuado de su sentimiento y asumiéndolo como “ley del corazón”.”

^{xxvi} “Pero precisamente el “yo” que HEGEL pone en cuestión es un ser legal, y como tal más concreto que el ser real en el que se había intentado hasta entonces fundarlo por abstracción, como aparece de inmediato al reconocer que este ser implica un estado civil y un estado contable.”

^{xxvii} “Estaba reservado a FREUD demostrar que es en ese ser legal que ciertos desordenes manifestados por el hombre en su ser real, es decir en su organismo funcionando como totalidad sin que pueda captarse en él su relación, encontraban por fin su réplica (*leur répondeant*).”

^{xxviii} “Los puntos de vista que resultaron de ello inmediatamente sobre la omnipresencia de la función simbólica en el ser humano hicieron inmediatamente sensibles a la intuición lo que caracteriza la posición del sujeto hablante en la sociedad, o también lo que distingue la sociedad humana de las sociedades animales: a saber que el individuo es tomado en ellas a título de unidad en una secuencia de intercambios más o menos circulares (o sea: a plazos más o menos largos) según las leyes de una combinatoria del don cuyo principio se le escapa y que carece de relación inmediata, ni siquiera directa, parecen decirnos los etnólogos, con sus necesidades.”

^{xxix} “El conflicto de orden, sea como sea, es en el individuo patente, y vista la profundidad a que le penetra el orden simbólico, puede repercutir hasta límites que se hacen retroceder un poco más cada día en lo orgánico. El psicoanálisis no es otra cosa sino el reconocimiento de la cadena simbólica donde esos efectos se ordenan, porque es el único medio para que la verdad que ellos simbolizan, llegue a hacerse reconocer, lo que no abole sin embargo todo conflicto, sino que transfiere su carga al sujeto que puede hacer valer esa verdad en la lucha.”

^{xxx} “Los solos términos en que formulamos este fin, dejan presentir suficientemente que el análisis no desemboca en una ética individualista.”

^{xxxi} Del alfa a la omega, o sea de un cabo al otro de la obra de Freud, desde su *descubrimiento* hasta su *testamento*, se encuentra la distinción entre *el sujeto del inconsciente* y el *Yo (moi)*: desde la separación radical del inconsciente hasta la fórmula: “*Wo Es war, soll Ich werden*”, donde *Ich* no es *das Ich*, donde *yo (je)* no es *el Yo (moi)*, sino el sujeto del *Es*, su representante en el enunciado.

^{xxxii} “Fórmula deslumbrante en su brevedad y tan coextensiva con la propiedad de las significaciones a las que remite que los significantes toman en ella el peso de una palabra consagrada.”

^{xxxiii} El pasaje narcisista del “*ce suis-je*” de la época de Villon al “*c’est moi*” del hombre moderno era ya constatado en el “Informe de Roma” [É., 281]

^{xxxiv} Véase el artículo de Claire POIROT-HUBLER “Antécédents philologiques de l’*Es* freudien”, en *Ornicar?*, 36, jan.-mars 1986, pp.42-51.

^{xxxv} Al operar con su saber como agente del discurso, al modo universitario.

^{xxxvi} Al no saber que estaban en un discurso, y menos aún en qué discurso estaban.

^{xxxvii} “que se resistían [“por su mala fe”]” (coartada por la que el que cree eso, cree en la propia buena fe, vale decir en su Yo) y debían admitirlo (?).

^{xxxviii} Puesto que de nada sirve saber de psicoanálisis en el discurso universitario cuando de acto analítico se trata, es decir, aplicar un saber referencial no asumido, al modo de la aplicación de cualquier técnica aprendida, si se quiere efectivamente operar adecuadamente en un psicoanálisis en posición de analista.

^{xxxix} Más que hablar de esa Cosa, se trata de dejarla hablar a ella.

^{xl} Los treinta y cinco años de cohabitación remiten al *Más allá del principio de placer* (FREUD, 1920), donde la distinción entre pulsiones del Yo y pulsiones sexuales, de cualitativa pasa a una tópica.

^{xli} Alusión al poema cómico de BOILEAU *Le lutrin*.

^{xlii} Se cuenta que en esa calle de París, durante la fiebre de especulaciones que condujo al *crack* del banco Law, un jorobado alquilaba su espalda como pupitre.

^{xliii} A la consciencia del Yo (*moi*). Estas “disposiciones de pura exterioridad” – que el hombre esparce inmoderadamente, y que condicionan la consciencia del Yo (*moi*)– pueden ser las estatuas, los monumentos, los cuadros, las fotografías, los coches y otros artefactos narcisistas.

^{xliv} Karl Jaspers aquí se ha convertido en un blanco cómodo para Lacan, como filósofo y como psicopatólogo. Por el contrario, en la tesis de 1932 [pp. 142-146], Jaspers es elogiado por su “sano método” y su noción de “comprensión”.

^{xlv} El sentido parece ser que el paciente, que se presume que tiene un Yo débil, es tratado con condescendencia por el analista, del mismo modo como los padres, incluso pasablemente advertidos llegan a hablar bebé para inducir a los hijos a conformarse a sus intenciones.

^{xlvi} En cuanto a la antonomasia, se trata de la sustitución del pupitre a cada uno de los Yo que componen el auditorio, sustitución que implica el pleonasma en cuestión y también toda la paradoja del pupitre.

^{xlvii} El pleonasma está en el interesarlos personalmente.

^{xlviii} El papel del otro en la determinación de los objetos del deseo es descrito por Kojève en su lectura de Hegel : “El deseo que lleva sobre un objeto natural, sólo es humano en la medida en que se halla “mediatizado” por el deseo de otro que lleva sobre el mismo objeto: es humano desear lo que desean los otros, porque ellos lo desean. Así un objeto perfectamente inútil desde el punto de vista biológico (por ejemplo una decoración o la bandera del enemigo) puede ser deseado porque es objeto de otros deseos” (A. KOJÈVE *Introduction à la lecture de Hegel*, París, Gallimard, 1947, p. 13).

^{xlix} Jean COCTEAU.

¹ [Nota de AS] “Alusión lúdica a la novela *La nariz de un notario* de A. von Chamisso, en que se narran las malhadadas vicisitudes de un notario cuya nariz, compuesta gracias a un injerto rebanado del trasero de un gañan, refleja las aventuras y desventuras que le ocurren a éste.

^{li} T.S. traduce aquí “Y así, como todo lo demás que tenemos...”. El original francés dice: “*Aussi bien tout ce que nous avons de reste*”, optamos pues por la traducción que proponemos que nos parece más ajustada al pensamiento de Lacan. *A fortiori* el uso por su parte del “de” en “*de reste*” nos parece que viene a confirmar nuestra traducción; Lacan no dice: “*Aussi bien tout ce que nous avons du reste...*”.

^{lii} Estos dos últimos párrafos figuran de manera diferente en la primera versión escrita de este artículo (1956):

“*Sin embargo es en ese registro que pretende sostenerse el análisis sistemático de la defensa si es coherente con sus principios. Se capta la estructura que se opone a que, incluso en un forzamiento, encuentre allí su salida. Por eso el análisis estricto de la relación de objeto desemboca ya sea en la paranoia transitoria por la especie de embriaguez megalomaniaca que nuestro amigo Michaël BALINT, con una pluma tan amiga de la verdad que nos lo hace más amigo aún, pinta como el indicio de la terminación del análisis, ya sea en el síntoma psicossomático por una hipocondría en la que se encuentran las leyes de la fantasmática kleiniana.*

“*La teoría de una two-ego analysis (1) no da cuenta pues de sus propios resultados sino en la medida en que es insostenible*”.

(1) Si esto rebrota sobre el término two-body psychologie introducido por el llorado RICKMAN, no apunta, digámoslo, a la doctrina original en tanto que abierta en que el autor citado algunas líneas más arriba integra ese término.

^{liii} Michel SAUVAL en un seminario sobre *Psicoanálisis y Ciencia*, cuya transcripción puede encontrarse en Internet hace un interesante comentario de esta sección de la cosa freudiana. Véase “El sujeto en la Ciencia y en Psicoanálisis”, Clase 2.2, anexo 2: ‘La relación de exclusión’.

^{liv} Cf. Esquema L: *Écrits*, pp. 53, 55, 548; *Le Seminaire : Livre II (1954-1955)* pp. 245 y ss.; *Livre III (1955-1956)* pp. 22 y ss.

^{lv} En el original de 1956 figura aquí: “*no podrían tomar valor a nuestros ojos sino por la menor resistencia de las significaciones que interesan al Yo en estos efectos, en la palabra...*”

^{lvi} T.S. traduce aquí “recubrir”, que correspondería en francés al verbo “recouvrir”, cuando el original francés habla de “*recouvrir*”, de ahí que optemos por nuestra traducción, que se adecua por otra parte al contexto en relación con la deuda.